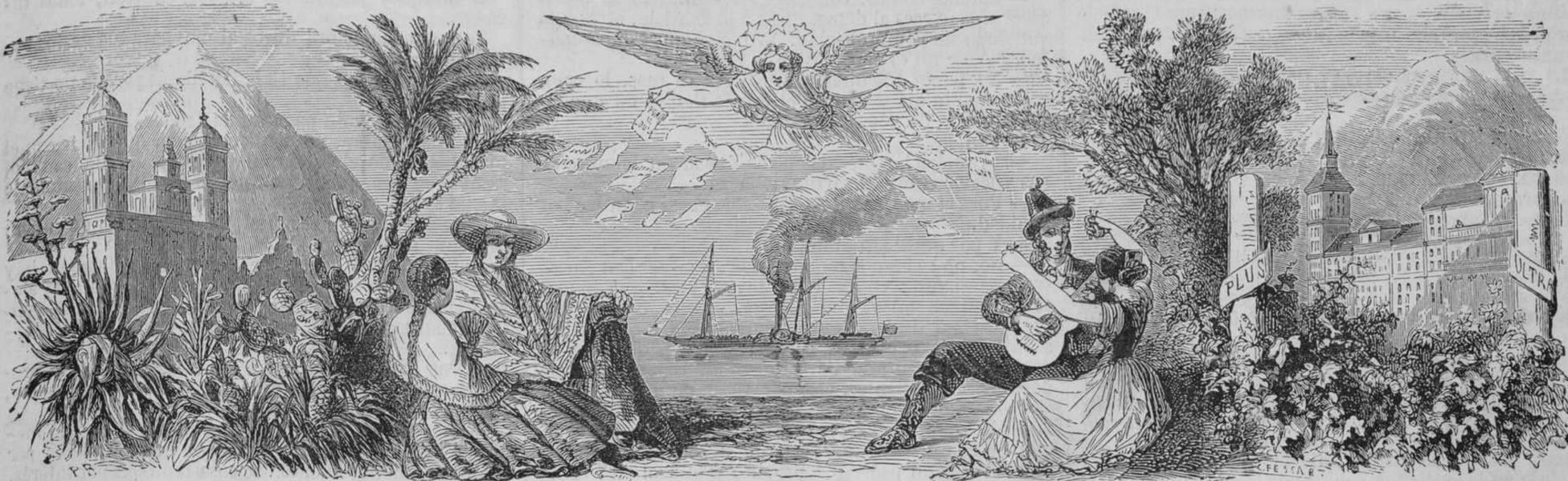


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 18. — N° 317.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO

Erupcion del volcan el *Grand-Brûlé* en la isla de la Reunion; grabado. — Magdalena. — La mision militar francesa en la Persia; grabados. — Los campaneros de Sevilla; grabado. — De los habitantes de la Cochinchina; grabado. — Revista de Paris. — Canto épico a la batalla de las Navas de Tolosa. — Adios a Cadiz. — Episodio de la toma de Malakoff; grabado. — Los nuevos cuadros españoles del Museo del Louvre; grabados. — La feria de las vanidades. — Vista del pueblo de Houston (Tejas); grabado. — Vista de la rada y del pueblo

de Galveston (Tejas); grabado. — Leyendas americanas. — Esculturas de la iglesia de Souillac (Francia); grabado. — Restauracion de la fuente de la plaza del Chatelet en Paris; grabado.

Erupcion del volcan el « Grand-Brûlé » en la isla de la Reunion.

Hé aquí un dibujo donde se ve representada la última erupcion volcánica del *Grand-Brûlé* en la isla de la

Reunion. Pero este suceso no inspira ninguna inquietud a las poblaciones, pues el pais no está sujeto a grandes terremotos; cuando tienen lugar se manifiestan por efectos apenas sensibles. No hay siniestros ni daños considerables que deplorar; de modo que para la colonia es un espectáculo que no carece ni de grandeza ni de atractivo.

La isla de la Reunion está compuesta de dos montañas volcánicas, cuyo origen es de dos épocas muy dis-



ERUPCION VOLCANICA EN LA ISLA DE LA REUNION.

tintas. La parte meridional conserva aun fuegos subterráneos, en tanto que en la parte norte se hallan completamente apagados. Lo que designan por la parte del Viento está cerca de Saint-Denis; es una comarca fértil y risueña, que de lejos presenta el aspecto de las provincias del Mediodía de la Francia. Solo acercándose a los cafetales se distinguen las riquezas de esa tierra abrasada.

MAGDALENA.

MEMORIAS DE UN ENAMORADO

(POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.)

(Continuacion.)

Nunca me había parecido tan brillante la juventud de sus veinte y cuatro años; nunca me había parecido mas pura, mas ardiente su mirada; nunca la había visto mejor vestida, ni aun en los momentos en que siendo la reina de un baile se presentaba cubierta de brocado y de brillantes. Entonces era una diosa como yo la tenía ante los ojos, descuidada, sonriente, con una negligencia encantadora, dejándome ver lo que yo nunca había visto, ni aun llegado á imaginar; un pié divino, admirablemente calzado, con una botita de raso color de violeta, asomando bajo la ancha falda, y apoyándose en las salientes cabezas de león de los morillos de la chimenea; era una de esas imágenes soñadas en un insomnio de deseo; era mi ilusión deseada; era la amada de mi alma.

¡Cuánta hermosura, cuántos atractivos, cuántas ventajas acumuladas en una mujer! ¡en una mujer á quien solo había yo visto hasta entonces enorgullecida, altiva, con un carácter aparente, ó fingiendo un amor que no sentía, ó bien fria é insolente agoviándose con su desden; aquella Magdalena era otra Magdalena: estaba con confianza delante de la condesa, había dejado la reserva en la puerta de su casa, y era el ángel que debía ser siempre en la vida doméstica.

Si yo hubiera podido enamorarme mas de lo que lo estaba, sin disputa mi amor hubiera crecido: aquel amor comprimido por la dureza de Magdalena necesitaba dilatarse, y se dilató ante aquel aspecto de celeste paz, de dulzura y de abandono.

La conversacion empezó donde empiezan las conversaciones de todas las mujeres, aunque no hayan dejado de verse mas que desde la noche anterior. Hablaron de modas, de teatros, del último baile; se rieron mucho de esta y de la otra que por desgracia se presentaron demasiado bien ó demasiado mal; se criticó, se murmuró, y al fin vino á recaer la conversacion en el amor.

La condesa de... era una señora que podía hablar sin ponerse en ridículo de todas estas cosas; había sido hermosísima en su juventud y tenía mucho talento; había sabido retirarse á tiempo y evitar el ridículo, no permitiéndose ninguna de esas impertinencias por las cuales se llaman verdes á las viejas; vestía con arreglo á sus años y sin exageracion, y ocupaba en las reuniones el lugar que la correspondía, habiendo mucho tiempo que había dejado de bailar: no jugaba, ni hablaba nunca de su juventud, ni se mostraba envidiosa ni cáustica con las jóvenes: su conversacion era viva, epigramática; su criterio exacto, y tenía lo que debe tener la vejez, indulgencia para con las locuras de la juventud: la buena Margarita que había llegado á los setenta y cinco años conservando sus hermosos dientes, su cutis blanco y de un color puro, aunque ligeramente arrugado, y sus cabellos; aunque blancos abundantes; era lo que se llama una vieja hermosa, una vieja decente, una vieja simpática á quien se amaba por su amabilidad, á quien se visitaba con gusto por su excelente trato.

La condesa de... tenía sin embargo su manía, su defecto, su *quid*: era, como he dicho, terriblemente casamentera, pero esto de una manera exquisita, delicada: era una casamentera en fin que tenía perfume.

Magdalena la amaba ó parecía amarla sinceramente, y eran tan amigas que pasaban muchas temporadas juntas, especialmente la de baños.

Sin embargo no se tuteaban, porque el tú infiere por sí mismo, en dos personas que le usan reciprocamente en su trato, cierta igualdad de edad, de gustos, de propensiones: dos personas extrañas, vieja la una y sumamente joven la otra, deben poner en medio un signo que no las confunda. El tú solo puede tolerarse habiendo una enorme diferencia de edades, entre una madre y una hija, y aun así porque nos ha acostumbrado á ello la moda.

Existía otra circunstancia para estrechar la amistad de la condesa y de Magdalena: la condesa no había tenido hijos; Magdalena había perdido su madre.

Amábanse pues como madre é hija.

Muchas veces la condesa había aconsejado á Magdalena que contrajese un nuevo enlace, y esta había resistido con repugnancia el consejo. Como he dicho ya, la condesa, que era muy amiga mia, la había pedido su mano para mí: Magdalena se había negado redondamente.

La condesa sabía que yo escuchaba, y había traído hábilmente la conversacion al terreno del amor.

— ¿Pero será posible, la dijo, que aun no haya Vd. amado? En verdad, esa aversion al amor parece increíble en una joven que tantas ventajas reúne. Yo sé, y

esto no hay que negármelo, que está Vd. rodeada de adoradores.

— Que buscan mi dinero, dijo con un hechicero abandonado Magdalena.

— ¿Y porqué no creer que están enamorados?

— Porque no creo en el amor.

— ¡Extraña negacion en tan pocos años!

— Entendámonos, condesa: en el mundo se llama amor unas veces al deseo, otras á la avaricia, otras á la vanidad: en comprobacion, ¿Vd. cree que estaba enamorado de mí el marqués de la Floresta?

— No tengo dificultad en creerlo: es mas, lo creo, como creo tambien que en el escaso tiempo en que vivió unido á Vd. fué muy feliz.

— Vanidad!

— ¡Vanidad! ¿Qué mas podía desear un hombre de sus años? Juventud, virtud, riqueza.

— Pues el marqués de la Floresta se casó conmigo por vanidad.

— Y por amor sin duda.

— No, no: el amor no tuvo nada que ver con nuestro casamiento: yo era muy joven, como que apenas tenía quince años, y hacía ya mucho tiempo que me acosaban declaraciones de amor, billetes ridículos, seguimientos por todas partes: yo no pensaba en el amor, no le comprendía, y luego me repugnaban todos mis pretendientes, este por vano, aquel por necio, esotro por feo, el de mas allá por pretencioso... adquirí desde muy temprano la costumbre de decir no, la que he conservado de una manera perseverante: algunas veces mi padre me propuso este ó el otro casamiento: siempre encontré en mi resistencia: al fin un día me llamó á su gabinete, me mandó entrar, y cerrando cuidadosamente todas las puertas, vino á sentarse junto á mí.

— Hasta ahora, me dijo, he respetado tu voluntad de permanecer soltera en razon á que eres muy joven, y á que una hija mia siempre encontrará un partido conveniente para casarse: si una, dos y tres veces he dado una contestacion negativa por tu parte á algunos de mis amigos, me ha importado poco, porque no tenía con ninguno el mas leve compromiso. Hoy es distinto, y vengo á decirte que te prepares á casarte.

Yo me eché á temblar al oír el acento decidido de mi padre.

— No soy tirano, me dijo, y no quiero que desconozcas las razones que tengo para insistir en tu casamiento: hasta ahora nuestras rentas nos han bastado para ocupar dignamente el lugar que nos ha cabido en el mundo; pero muy pronto nos será imposible vivir en la corte sin ponernos en ridículo, porque... porque he sufrido pérdidas considerables, y nuestras rentas están de tal modo afectadas que no podemos cubrir nuestras necesidades: si tú te niegas, nos será preciso irnos á una poblacion y vivir como unos simples labradores, lo que creo que no será para tí muy divertido.

— No quiera Dios que eso suceda, exclamé verdaderamente asustada.

— Pues eso sucederá si te niegas: por el contrario si consentes, podremos continuar como hasta aquí, y tú además ganarás mucho porque es un soberbio partido.

— ¿Y no hay remedio? dije mas asustada.

— Sí; renunciar á nuestra hermosa casa, á nuestra servidumbre, á nuestros trenes, á nuestras relaciones, á la corte en fin; vivir modestamente y reducirte á ser una señorita de aldea.

Confieso á Vd., mi querida condesa, que tal porvenir, que abarqué en toda su extension con un solo pensamiento, me horrorizó.

— ¿Y quién es? ¿quién desea...? pregunté temblando á mi padre.

— El marqués de la Floresta, me contestó.

Usted sabe, amiga mia, cuán viejo, cuán repugnante era el marqués: aun no puedo acordarme sin que me haga daño el recuerdo de aquel viejecillo encorvado, procaz, cínico, con sus ojos verdes, pequeñuelos y vidriosos; su voz chillona y su palabra cáustica: al decirme mi padre su nombre, me puse pálida como una muerta y contesté:

— No, no señor, imposible: ¡ser yo de ese hombre! Eso no puede ser: primero la aldea y el cortijo, y todo lo malo que pueda haber en el mundo: el marqués me causa el mismo horror que un reptil venenoso.

— ¿Y quién dice que hayas de ser del marqués?

— ¡Pues cómo! contesté; ¿no quiere Vd. que sea su mujer?

— Escucha, Magdalena, me dijo mi padre; en otros tiempos, en los míos, una mujer llegaba á los treinta años, y no sabía para lo que había venido al mundo: hoy, en el siglo XIX, el siglo de la ilustracion, las niñas antes que cumplan doce años, son ya unas personas ilustradas que nada ignoran de lo referente á la vida; esto tiene sus ventajas, porque la ilustracion es siempre un bien.

Había en la voz de mi padre un marcado acento de sarcasmo al pronunciar estas palabras.

— Así pues, continuó, tú que tienes ya quince años, que has frecuentado desde hace mucho tiempo los salones, y has visto y has oído todo lo que en los salones se ve y se oye, eres una joven ilustrada con la que se puede entrar en ciertas materias; así pues, me bastará con expresarte las condiciones que el marqués, que es un hombre de talento y conoce que no puede ser amado por tí, ha puesto como medios de hacerse aceptar.

El casamiento se hará y marcharás al extranjero

Desde el momento del casamiento, el marqués no será respecto á tí un marido, sino un amigo.

Tu cuarto estará distante del suyo, tu servidumbre separada de la suya.

Seras enteramente independiente, y solo vivirás con él en una misma casa.

Comerás, si así te agrada, en tu cuarto. Despedirás y admitirás tu servidumbre con completa independencia.

El marqués pagará tus criados, tu tren, todos tus gastos.

Te dará además mil duros al mes para tus gastos extraordinarios.

Si muriese antes que tú le heredarás porque no tiene parientes.

El marqués en fin pagará mis deudas.

En una palabra, no harás otra cosa que vivir con el marqués como vives conmigo; es un simple cambio, cambio en que ganas, porque yo no te doy realmente lo que te da el marqués.

— ¿Pero qué dirá el mundo? dije cubierta de rubor; dirá que me he vendido.

— Diga lo que quiera; estoy seguro de que no hay una sola mujer en Madrid que no aceptase loca de alegría la mano del marqués, aunque le fuese preciso fingirse enamorada de él: el marqués es riquísimo, Magdalena.

— Por lo mismo no me fio de una parte de sus proposiciones: lo que querrá el marqués es ser mi esposo, y despues...

— Eres muy niña, y veo que conoces el mundo menos de lo que yo creía: el hombre no se casa solo por amor: el amor es bueno... se casa tambien por interés, por vanidad; de la misma manera se casan tambien las mujeres: el amor no es una necesidad para el matrimonio: por el contrario es un accesorio sin el cual pueden pasarse muy bien dos casados: la cuestion es satisfacer una necesidad: concluir un contrato ventajoso por este concepto ó por el otro.

— ¿Y cuál es el interés que aconseja al marqués á casarse conmigo.

— La vanidad.

— ¡La vanidad! ¡Y un hombre compromete su porvenir por vanidad.

— La vanidad es acaso la pasion mas tiránica. La vanidad nos obliga á comprar un capricho por un precio exorbitante, fabuloso. Además; el marqués es ya viejo, tiene talento, conoce que cualquiera que se case con él, le engañaría de una doble manera: fingiéndole amor y amando á otro. Contigo está seguro, y yo lo estoy tambien, dé que no mancharás su nombre.

— ¿Y hablaba así con Vd. su padre? dijo escandalizada la condesa.

— Ni mas ni menos, contestó Magdalena: de lo que refiero á Vd. nada hay cambiado mas que las palabras; el fondo es el mismo: aunque mi padre era mas explícito, porque me creía una joven, segun su dicho, *ilustrada*.

¡Ilustrada y solo tenía quince años! Es cierto que yo conocía algo el amor porque había oído hablar mucho de él, porque me habían enamorado mucho; pero todos habían respetado mi pudor: el primero que ponía sobre él los pies con un cinismo que me espantaba, era mi padre.

Por último, me dijo que si el marqués quería casarse conmigo era por una apuesta de café.

— ¡Por una apuesta de café! exclamé dobiemente escandalizada la condesa.

— Sí; segun decía mi padre, el marqués había oído exagerar el desden con que yo rechazaba las pretensiones de lo mas bello, de lo mas joven, de lo mas noble, de lo mas rico de la corte, los que me hablaban eran pretendientes desahuciados: el marqués se burló de ellos, y como ellos provocasen al marqués, les aseguró que sería mi marido antes de un mes. Cruzáronse fuertes apuestas, y el marqués me pidió á mi padre. Me trataban pues como si yo hubiera sido un caballo ú otro objeto de apuesta.

Como era natural, el carácter, la causa de aquella extraña peticion me irritaron, y me negué. Mi padre no insistió, pero se ocupó desde el momento en los preparativos de un viaje para una de nuestras posesiones situada en las montañas de Asturias.

Aquellos preparativos me aterraron, pero me contuve aun. Al día siguiente mi padre mandó sacar nuestros muebles mas hermosos, aquellos por los cuales tenía yo mas capricho, y me pidió las llaves de mi guardaropa y de mis joyas.

— ¿Pero para qué saca Vd. esos muebles? ¿para qué quiere Vd. mis vestidos y la pedrería de mi madre?

— Necesito dinero, y voy á hacer una almoneda de los muebles, de tus trajes, de tus blondas y de las joyas de tu madre. ¿Para qué necesitamos todo esto en Asturias? Allí con un vestido negro para los domingos tienes bastante.

Me eché á llorar; aquel porvenir oscuro me horrorizaba como me hubiera horrorizado el patíbulo. Conoci que mi padre obraba de veras, á mas que obraba por necesidad; comparé mi casamiento con el marqués con mi vida presunta de montañesa, y me decidí.

— Haga Vd., dije á mi padre, que pongan los muebles en su sitio. Me caso.

Mi padre me abrazó llorando. Segun él le había salvado.

Por mi parte me parecía que mi decision me había salvado tambien; por horrible, por repugnante que me pareciese el marqués, me parecieron mas horribles las montañas de Asturias.

Algunos dias despues con admiracion de todo el mundo fui marquesa de la Floresta.

— ¿Y el marqués?... dijo con anhelo la condesa.

— Cumplió religiosamente el contrato: me dejó en entera independencia; me trató como un amigo ceremonioso, y nada más... El había ganado su apuesta: viejo, feo y repugnante, se había casado con una mujer que por capricho sin duda era codiciadísima, con una mujer que podía ser su bisnieta, y su vanidad estaba satisfecha. Viajamos sucesivamente por Francia, por Italia, por Alemania, y en Viena... una disputa con un inglés en el teatro de la Ópera me libró de mi esposo... se batieron, y el inglés tuvo la audacia de escribirme las siguientes líneas:

«He tenido el honor de levantar la tapa de los sesos á vuestro ilustre esposo: no creo que el dolor causado en vos por su pérdida sea inconsolable. En todo caso y como habeis nacido en la patria del Cid, estoy dispuesto á indemnizaros de esa pérdida ofreciéndos mi mano.»

— Excéntrico como inglés, dijo la condesa riendo.

— Insolente como aventurero, repuso Magdalena; yo había rechazado algunos días antes con indignación un atrevimiento de aquel hombre. Esto había excitado la venganza del inglés, que creyó satisfacerla dejándome viuda: provocó al marqués, que al cabo era caballero, y el resultado fué funesto para él: puede decirse que si al obtener en la apariencia mi posesión satisfizo su vanidad causando la envidia de algunos enamorados locos, su casamiento conmigo le costó la vida.

En cuanto al inglés, aprecié en lo que debía su insulto, é hice que cuatro de mis criados le diesen una famosa paliza, tras la cual recibió la epístola siguiente:

«Las costumbres y las creencias han variado desde el tiempo del Cid hasta acá: en aquellos tiempos solía una hija á título de desesperada casarse con el matador de su padre: hoy se acostumbra perseguirle ante los tribunales; también hay una notable diferencia de aquellos tiempos á estos: era raro que un caballero insultase á una dama: hoy eso es muy común; pero es también muy común entre las señoras españolas, que al sentirse insultadas hagan dar una paliza al insolente por medio de sus lacayos.»

— ¡Altiya como española! exclamó riendo la condesa. ¿Y qué contestó el inglés?

— No pude recibir la contestación, porque aquel mismo día salí en posta de Viena, y según el dicho de los apaleadores, el inglés tenía bastante con el vapuleo para guardar cama durante un mes.

— De modo que casada de una manera excéntrica, quedó Vd. excéntricamente viuda.

— ¡Fatalidad! hé aquí porqué no quiero volver á casarme. Estoy segura de que me había de suceder una desgracia.

— ¡Aprensiones, querida mía! la verdad del caso es que Vd. aun no ha amado.

— ¡Ay! sí, dijo Magdalena; ya que he dicho á Vd. lo que no pensaba decir á nadie, voy á abrirla mi corazón por entero. He amado y amo.

— ¡Ah! pues verdaderamente es un acontecimiento para mí esta memorable visita: yo la creía á Vd. viuda, realmente viuda, y me encuentro que tengo que habérmelas con un pudor virginal; yo la creía á Vd. privada de ese dulce sentimiento que nos ha esclavizado á todas tarde ó temprano, y descubro que Vd. ama, que ama con todo su corazón, sin duda.

— Sí, con toda mi alma, exclamó lánguidamente Magdalena.

— Y supongo que...

— ¡Oh sí! El me ama con locura, soy su destino, su felicidad! añadió Magdalena con un acento opaco y ardiente.

Confieso que al escuchar aquella declaración de Magdalena, al ver el encantador rubor que al pronunciar aquellas palabras había encendido su semblante, embelleciéndola como nunca, me creí morir: una envidia mortal se apoderó de mí, y juré matar al hombre que había logrado conmover el corazón de Magdalena, un corazón virgen, una hermosa virgen. Magdalena fué desde entonces para mí, y lo es ahora, mas que una mujer, mas que un ángel... era una idea infinita: era una felicidad ignorada: era la inmensidad.

— Entonces, dijo la condesa, de un momento á otro... aunque Vd. afirma que no quiere volver á casarse...

— No, no me casaré.

— ¡Cómo! ¡Amado y siendo amada!

— Es imposible un enlace con ese hombre.

— ¡Imposible! ¿Y porqué?

— Por fatalidad. ¿No cree Vd., condesa, que nos debemos á la posición en que hemos nacido?

— Sí, indudablemente... pero... ¿Acaso es tan desigual la posición de esa persona respecto á Vd.?

— ¡Oh! sí, muy desigual, dijo suspirando Magdalena.

— ¿Y quién es?

— Dispénsame Vd., querida amiga: le amo tanto, que no quiero unir su nombre á mi decisión de no casarme con él, ni aun delante de Vd. á quien miro como á mi madre. No quiero que nadie sepa que le tengo en menos de lo que vale, porque realmente, ¿qué le falta? ¿Un título? Hé aquí todo.

— Creo que con ese incógnito sugeto son ya dos los que aman á Vd. de una manera desesperada. Y lo siento por uno... por el pobre desahuciado á quien conozco.

— ¡Victor! exclamó con voz opaca Magdalena y de una manera que me hizo estremecer.

— Sí, Victor, dijo la condesa, ¡pobre joven! es Vd. su vida, su porvenir, su única esperanza; por Vd...

— Sí, por mí ha hecho cuanto puede hacer un hom-

bre; era pobre, muy pobre: vivía sabe Dios cómo, según me han dicho.

— ¡Cómo! ¿Se ha informado Vd.?

— No he necesitado para ello mas que escuchar á la envidia que continuamente recorre nuestros salones. Se han hablado infamias: se ha dicho cuanto se puede decir acerca de él.

— Lo que se dice siempre de una persona que sabe hacerse notable; desdichados en nuestros tiempos el hombre de genio, la mujer hermosa: las medianías y las nulidades se irritan, aborrecen al que valiéndose mas que ellos alza su cabeza sobre la multitud, y la envidia...

— Creo que el mundo siempre ha sido lo mismo, y creo también que porque el mundo es injusto, es necesario evitar el ser víctima de su injusticia.

— ¡Y hace Vd. su víctima al pobre Victor!

— Y al sacrificarle, ¿no me sacrifico yo? dijo con exaltación Magdalena.

— ¡Cómo! ¡Pues qué! ¿Será acaso ese pobre Victor?

— Estamos en un día de revelaciones, querida Margarita: sí, ese hombre á quien amo, ese hombre de quien es mi alma entera....

— ¡Es Victor!

— Sí, él es.

La felicidad como la desgracia cuando son inesperadas, aturden, fascinan, matan del mismo modo: yo apenas podía creer á mis sentidos: había escuchado aquellas palabras supremas, veía el rubor que coloraba las mejillas de Magdalena; estaba ante mí, con la mirada lánguida, enamorada con el seno palpitante, la boca entreabierta, como exhalando un suspiro infinito; la veía en toda la plenitud de su hermosura, descubiertos los secretos de su vida, pura, virgen, enamorada; yo era el hombre que agitaba aquel corazón incomprendible; yo llenaba el pensamiento de aquella mujer, y no me atrevía á creerlo; no podía creerlo: ¿cómo podía amarme una mujer que me despreciaba, que me atormentaba continuamente: una mujer que me había lanzado á la cara una carcajada de burla, y que tras una mentida escena de amor en el jardín de aquella casa donde me encontraba, me había dejado ver una inequívoca mirada de odio? Aquello era un sueño, un sueño horrible por lo que influía en mí; una pesadilla satánica de la cual procuraba librarme; pero no, ella estaba allí, yo la veía mas hermosa que nunca, yo escuchaba su voz, aquella voz que tan dulcemente vibraba en mi corazón. Magdalena se creía sola con la condesa; hablaba como se habla con una amiga de confianza; no podía dudar de su sinceridad: una esperanza divina me alentó: del mismo modo que al fin había revelado á su amiga un secreto que pesaba sobre su alma; del mismo modo aquel amor que yo la inspiraba, rebosaría un día para inundarme de felicidad, llegaría un día en que Magdalena sería mi esposa.

Era para mí tan decisivo lo que se decía en aquella entrevista, que reconcentré toda mi vida en mis oídos.

— ¿Y será posible, dijo la condesa, que se sacrifique por temor á ese mundo, y que sacrifique también á ese desgraciado? ¿No sabe Vd. que la ama con uno de esos amores maravillosos que solo se encuentran en los dramas y en las novelas? ¿Que acaso Vd. sea la causa de todo lo malo que ha hecho en el mundo? ¿Que Vd. puede ser su ángel de redención ó su demonio?

— Las prescripciones sociales son tiránicas, dijo con acento frío Magdalena: y si no queremos sufrir la pena consiguiente á su infracción, es necesario que tengamos valor para sacrificarnos.

— ¿Pero cuando no somos solos los que nos sacrificamos?

— El valor de mi sacrificio me autoriza á causar el suyo.

— Llegará un día en que lo olvide Vd. todo y sea Vd. su esposa: su enfermedad de Vd. no es incurable, Magdalena.

— No seré su esposa: prescindiendo de la desigualdad de clases, la intimidad con Victor me espanta: es celoso, horriblemente celoso: cuando me ve bailar con alguno, tiembla, sus miradas se hacen amenazadoras, y se convierte en un espectro vengativo: si sonrío á un hombre, su frente se nubla, se pone trémulo.

— Eso demuestra cuánto la ama á Vd.: esos son los celos de un amor desesperado: acaso si ese amor se satisficiera...

— Sería una prueba arriesgadísima, sería jugar el todo por el todo.

— ¿Y no ha temido Vd. que desesperado busque en otra lo que Vd. le niega?

— ¡Oh! ¡El no amará ninguna!

Irritóme la seguridad con que Magdalena se jactaba de ser dueña de mi alma.

— Pero podría suceder.

— Si eso sucediera... yo... no sé lo que me sucedería... pero los resultados me vengarian. ¡Pobre Victor! pobre mujer aquella con quien se enlazase!

— ¡Cómo, sería Vd. capaz!...

— No me ha comprendido Vd.: yo no soy una heroína de melodrama; yo no apelaría ni al puñal ni al veneno, ni aun á la intriga: pero encontraría mi venganza en la desgracia de Victor, en la desgracia de su esposa. Casado con otra mujer que conmigo, la haría horriblemente infeliz y lo sería él. Le irritaría el lazo que le separaba de mí, que le quitaba toda esperanza.

— Pues bien, dijo la condesa: evite Vd. ese tristísimo estado, y pudiendo ser felices los dos, no haga Vd. infelices á tres. Acéptele Vd., cásense Vds.

— Imposible; nos separa la fatalidad. Yo soy hija del duque del Brezo y viuda del marqués de la Floresta. No

quiero afrontar el ridículo que otros han afrontado. La diferencia de nacimiento nos separa.

— Victor es hijo de un general.

— De un general que ascendió desde soldado.

— Es noble.

— Pertenece á la baja nobleza.

— Es un grande artista.

— ¡Un hombre que ha vivido haciendo retratos á treinta duros! ¡Un hombre á quien todo el mundo ha visto en una situación miserable!

— Muchas veces hemos admirado sus obras en la escena.

— ¡Un hombre que vende sus pensamientos y se los come! poco mas que el cómico que representa sus papeles. ¡Un autor! ¡Como si dijéramos un trovador, un cuenta cuentos, que sirve para divertir al público!

— Bien, bien: Victor ha sido desgraciado.

— En el mundo en que vivimos la desgracia de ciertas gentes no las hace dignas de otra cosa que de una limosna: ya sabe Vd. porqué se les admite en nuestros círculos... alguien ha de contar lo que sucede en ellos: es necesario que el público sepa cuantas grandezas, cuanto lujo se ha presentado en nuestras fiestas: esos hombres son los cronistas de nuestras costumbres, y á título de tales les damos entrada. ¿Qué sería de nuestra ostentación y de nuestros albums, si no hubiera periodistas y poetas, ó mejor dicho, si les excluyéramos de nuestra sociedad? En ellas tienen el lugar propio; son un conducto, una cosa necesaria; satisfáganse con que hablemos con ellos, pero no exijan tanto que sea necesario negárselo todo.

En la voz de Magdalena había amargura y sarcasmo hácia la intolerante sociedad que representaba.

— Sin embargo, enlaces mas desiguales hemos visto: un artista, un compositor, un poeta, son al fin seres que han recibido de Dios la mas brillante de las aristocracias, la aristocracia del talento: sus creaciones, sus obras, á cuya exposición ó representación asistimos pensando en divertirnos, en pasar el rato, acaban por apoderarse de nosotros para excitar nuestro interés, por conmovernos profundamente: nuestro corazón late, las lágrimas se agolpan á nuestros ojos, y el genio triunfante nos arranca frenéticos aplausos. ¿Quién hay entonces que no envidie á ese hombre que ha sabido arrancar al corazón humano sus mas profundos misterios, dar vida á seres que no existen, presentarlos en la escena palpitantes, con sus pasiones, sus debilidades, sus vicios ó sus crímenes? ¡Ah! el hombre que puede obligar á una multitud á que le aplauda, vale indudablemente mucho, para que quien le desprecia no se ponga en ridículo.

— Sí, pero á pesar de eso, á través de los esfuerzos del ingenio, se oye el grito metálico, material del siglo; aquel grito quiere decir: aplaudid, aplaudid; vuestros aplausos son oro: ellos traerán á otros que aplaudirán como vosotros habeis aplaudido, y seguirán viniendo aplaudidores, y todos pagarán un tanto á la puerta de la sala de espectáculos. Lo que se vende se envilece, condesa: en una palabra, las aristocracias se concluyen: la aristocracia de la sangre no reconoce nada digno fuera de ella: para ser lo que nosotros somos, es necesario haber venido al mundo representando cien generaciones ilustres: todo lo demás se compra ó se vende: todo lo demás es despreciable.

— Creo haber oído hablar á Vd. de distinto modo muchas veces.

— Sí, me habrá Vd. oído decir: el talento, el ingenio, la virtud, son las primeras aristocracias: pero siempre que yo haya dicho eso habremos estado solas, ó lo habré dicho en voz muy baja para que el mundo no me oiga. De la misma manera hubiera amado en medio de un misterio impenetrable á Victor; le hubiera confesado mi amor con entusiasmo; hubiera sido la mas feliz de las mujeres, sabiendo que lo era todo, la felicidad, la ambición de un hombre que vale tanto como Victor. Pero no me casaré con él, no; como no pronunciaré una sola palabra que esté en discordancia con el mundo en que vivo.

— ¡Extraña manía que sacrifica la felicidad positiva á las apariencias!

— Es que las apariencias son lo importante en el mundo: si os rebeláis contra esta ley tiránica, os sentenciáis á un martirio continuado. No, no; yo no puedo sentenciarme ni sentenciar á Victor á ese martirio; yo no podría sufrir esa insolente tolerancia de la aristocracia de la sangre con la aristocracia del dinero y del talento: yo vería un sarcasmo para mi marido en cada palabra, en cada mirada de mis conocimientos; sabría que lo mismo que se desprecia á otras que se encuentran en igual caso, se me despreciaría á mí; que solo se guardarían conmigo las fórmulas, que cada uno que entrase en mi casa sería un fiscal; si volviese á casarme con un hombre como mi difunto esposo, nadie extrañaría nada: era viejo, es verdad, pero pertenecía á la antigua nobleza; era repugnante, pero era inmensamente rico; todas me mirarian con envidia, con mas envidia que me miran ahora. Por el contrario, aunque Victor es joven, hermoso, simpático; aunque ninguna de mis amigas dejaría de ser su amante si él lo quisiese; aunque todas me envidiarían si supiesen que era mi amante, si me casase con él, todas me morderían, todas exclamarían: Magdalena se ha vuelto loca, Magdalena se ha degradado.

— ¡Pobre Victor! exclamó la condesa: ¡ni una esperanza! y el infeliz que me había suplicado apurase con Vd. toda mi influencia...

Magdalena inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó profundamente pensativa.

— Solo habria un medio para que él y yo dejásemos de sufrir.

— ¿Y qué medio es ese? dijo la condesa.

— ¿Dice Vd. que Victor es noble?

— Nobilísimo.

— Pues bien, no hay apellido noble en España en el cual no haya habido títulos. Si Victor pudiera... Magdalena se detuvo: yo escuché con toda mi alma.

— Si pudiera desenterrar un título antiguo cualquiera... igualarse á mí... esto no sería difícil, aunque sí muy costoso, pero sería necesario que eso se le ocurriese á él. Yo jamás se lo indicaría, ni querría que Vd. se lo indicase. Sabe que somos muy amigos, y podría creer... no, no, y él no comprende... no... su orgullo no le deja comprender la única circunstancia que nos separa...

— De modo que, si Victor obtuviese una grandeza de España sería Vd. su esposa.

— Indudablemente, exclamó con afán Magdalena.

— En este país todo se hace con oro: serán capaces de encontrar algún pariente alejado de España, en América, por ejemplo, desconocido de la familia, muerto sin herederos... pero esto costaría sumas enormes; el igualarse en gerarquía á Vd., arruinaría á Victor.

— ¿Y qué importa? ¿No tengo yo rentas bastantes para que vivamos los dos?

— Indudablemente, pero habria un medio mucho mejor y mas barato. El gobierno actual es hechura de Victor: hoy su influencia le ha hecho alcanzar un triunfo en el congreso... no faltaria al gobierno un pretexto para conceder á Victor un título y una grandeza.

Magdalena hizo un gesto de profundo desden.

— Ya sabe Vd., dijo, cómo recibimos en nuestros círculos á esa nauseabunda aristocracia de la revolucion; unos pobres pigmeos llenos de vanidad que se han empinado sobre sus talegas, que huelen á contratas y á bolsa desde una legua, pícaros que no tienen vergüenza para ostentar una gerarquía que no sa-



UNIFORME DE LOS OFICIALES DE LA MISION ENVIADA A PERSIA POR EL GOBIERNO FRANCÉS. — UNIFORME DIARIO Y DE GALA.

ben sostener ni por su educacion ni por sus maneras: ¿hay nada mas ridiculo que los compradores de títulos? ¿Y querría Vd. que yo me casase con un arlequin?

— ¿Con que no hay esperanza para Victor?

— Ni para Victor ni para mí; ha sido una mutua desgracia el que nos hayamos conocido: el único medio era acercarnos tornando las espaldas al mundo, recatándose de él, y esto tambien es imposible: yo no puedo mancharme ni aun en medio del mas profundo misterio.

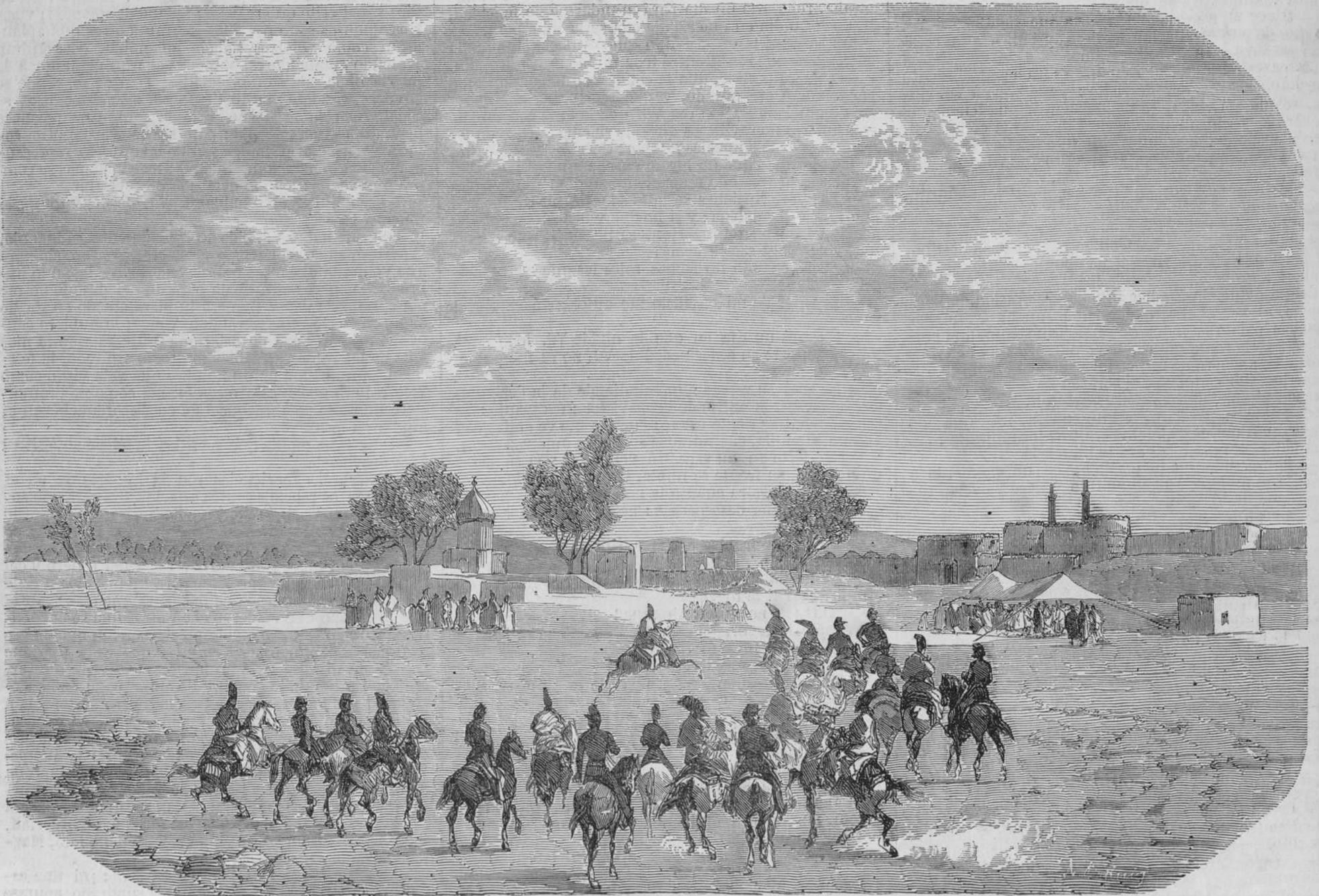
(Se continuará.)

La mision militar francesa en la Persia.

Hace cinco meses salió de Francia para la Persia una mision militar que ha hecho su entrada en Teheran el 15 de noviembre de 1858. La mision lleva por objeto el instruir á las tropas persas. El capitán, M. E. Duhouset, autor de los dibujos que acompañan, escribe lo siguiente:

«El viaje ha sido monótono; salimos el 5 de agosto, y no hemos llegado á nuestro destino hasta el 5 de noviembre. El tiempo nos fué favorable, pero hemos tenido variaciones de temperatura extraordinarias. Durante la noche el termómetro marcaba 6 grados bajo cero, y al mediodia subia á 25 y 30 grados. Gracias á las precauciones que hemos tomado, ninguno de nosotros ha caido enfermo. Como en caravana se viaja con tanta lentitud, he podido hacer 500 croquis de paisajes, 90 dibujos de tipos y 35 de animales... El lapicero me ha sido muy útil para consolarme de la monotonía del camino... Entramos en la Persia el 29 de setiembre por Avadjk, y hasta el 15 de noviembre no llegamos á Teheran...»

Gracias á los dibujos de M. E. Duhouset, podremos dar á nuestros lectores vistas, tipos y escenas curiosas de la Persia. Con la vista de la entrada en Teheran,



ENTRADA DE LA MISION MILITAR FRANCESA EN TEHERAN, EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1858.

damos hoy los dibujos de los uniformes de la mision con las modificaciones convenientes al clima de la Persia; es la misma levita de Africa con un cuello vuelto de terciopelo, botones con águila, mangas con los galones del grado y abiertas á los lados.

Como el embajador persa Ferruch-Kan, bajo cuya influencia se organizó esta mision militar francesa, insistió en que se adoptara un chaco imitado del francés, pero con el carácter del persa, pues los oficiales de la mision debian presentarse siempre á caballo, se eligió el talpak, un poco modificado, con la añadidura de la placa con águila y la pluma alta.

M. Duhouset debe dibujar los uniformes para el ejército persa, donde se quiere introducir la facilidad de movimiento que existe en el equipo de las tropas francesas.

La mision fué presentada en Teheran á Nassred-Shah, que la hizo una acogida muy brillante. S. M. señaló con mucha complacencia el buen acuerdo existente hoy entre los gobiernos de su pais y el de Francia.

E. P.

Los campaneros de Sevilla.

En Sevilla los días de fiesta, los campaneros de las iglesias principales buscan



LOS CAMPANEROS DE SEVILLA.

auxiliares entre los jóvenes de buena voluntad, que por una retribucion módica les ayudan á poner en movimiento todas las campanas.

En estos grandes días se toca tanto, que cada cual sin más que consultar su paciencia y su fuerza, puede ejercitar y perfeccionar su talento.

Apuestan á quién demostrará mas destreza y valor en el modo de tocar la campana, de agarrarse á ella y de seguirla en sus movimientos mas violentos. El ruido que hacen veinte campanas (como por ejemplo, en la Giralda), la vibracion del movimiento y la osadía de los campaneros, son capaces de dar un vértigo al que por curiosidad sube á un campanario.

El primer día en que yo presencié este espectáculo, pasaba cerca de la iglesia del Salvador, y observando que algunas personas miraban al aire, hice lo que ellas, y al pronto creí que un desgraciado se habia enredado en la cuerda de la campana y que iba á venir al suelo.

Pero nada de eso, en breve conocí que era un juego para él; otro campanero apareció á su vez suspendido en los aires siguiendo á la campana en su movimiento, de modo que se hallaba con la cabeza abajo hácia la plaza, cuando la campana se escondia en el campanario.

A. R.

De los habitantes de la Cochinchina.

Hoy que las banderas aliadas de Francia y España ondean en el territorio cochinchino, parecemos oportuno hablar de ese hermoso pais, publicando al mismo tiempo un curioso tipo de jóven indígena.

Hace un siglo los cochinchinos eran todavía un pueblo de piratas que degollaban á los infelices náufragos que iban á parar á sus costas. Desde esa época, la presencia de los misioneros en el pais y particularmente la del obispo de Adran y los oficiales franceses que llevó consigo en 1789 despues del tratado concluido en Versalles y que aseguró á la Francia la posesion de muchos puntos importantes en la parte meridional del Asia, modificaron esas costumbres bárbaras. Pero los sucesores del emperador Gya-Long, prescindiendo de la alianza, obligaron con sus vejámenes á los mandarines franceses á que se retiraran del imperio annamita; la sangre de muchos misioneros martirizados y los insultos hechos á Francia y á España, decidieron contra ese pais la expedicion actual.

La fisonomía del imperio annamita, que cuenta veinte y cinco millones de habitantes, ofrece un tipo particular; no se debe juzgarla, como han hecho algunos viajeros, por los naturales de las costas que tienen sangre malaya en las venas.

El color de la raza cochinchina no es en general cobrizo como el de los malayos; es menos oscuro que el de los siameses, y se asemeja mucho al de los chinos de donde parece derivan. No son hombres hermosos, pero sí son muy vivos, de buen carácter, bien configurados, fuertes y buenos para el trabajo. Llevan sobre el labio superior un poco de barba.

Las mujeres valen mas que los hombres; son relativamente mas pequeñas, pero tienen mejor aire; su pelo es negro, fino y muy largo. Algunas, las del Norte, son bastante blancas porque el clima es muy templado; se parecen mucho á las europeas y su rostro es agradable; tienen los brazos y las manos muy bien hechos y un pié muy pequeño. Son de carácter dulce y muy activas, y aunque las que pertenecen á las altas clases viven en el *farniente*, la mayoría de ellas trabaja; á veces ganan tanto ó mas que el hombre.

Mujeres y hombres fuman tabaco y tienen la costumbre de ennegrecerse la dentadura despues de haber gastado su esmalte por un procedimiento que causa algunos dolores. No se concibe la hermosura sin ese requisito; para lograr ese adorno indispensable, están siempre masticando una mezcla de hojas de betel, de cal viva y de agalla de areca (*areca catechu*), que produce una saliva roja purpurina.

Las malayas, de quien han tomado esta costumbre, hacen mas aun; se arrancan á veces los dientes incisivos, diciendo que como estos dientes de delante son propios para morder, solo deben tenerlos los perros.

Entre todos los usos del extremo Oriente este es uno



JÓVEN COCHINCHINA.

de los mas repugnantes; algunas cochinchinas se pintan tambien el rostro con colores como hacen las chinas de la clase alta.

Está permitida la poligamia, y el hombre tiene todas las mujeres que puede comprar; valen estas de 30 á 100 pesos. El hombre rico se casa á quince años si quiere, el del pueblo á los treinta. Como este último está siempre en el servicio, no atiende tanto á la hermosura de la mujer y á su delicadeza como á la fuerza y la salud necesarias para las faenas útiles. El marido tiene derecho de castigar muy severamente á su mujer, y abusa de su fuerza; pero en las condiciones elevadas, las mujeres son castas y modestas.

El pueblo cochinchino está dotado de mucha inteligencia; pero los jefes del Estado son sanguinarios y bárbaros. La última clase es superior á la de las naciones vecinas, y en muchos casos á la de ciertas comarcas de la Europa en cuanto á la bondad de carácter y á la sensatez. Sin embargo, conviene imponerle respeto por medio del temor; es el único medio de hacerse querer.

Hay poca diferencia en el vestido que usan entrambos sexos; tiene la circunstancia de ser bastante elegante, pero no predomina en él la limpieza.

El vestido de los hombres se compone de una camisa de mangas estrechas, un pantalon muy ancho con cintura, y una especie de blusa larga de seda ó de tela pintada con mangas anchas y largas que caen hasta media pierna. Cuando van á ver á los mandarines, se ponen sobre este traje una túnica ó dos que les arrastran. Se cubren la cabeza con una tela ligera, negra, en forma de turbante, bajo el cual recogen sus negros cabellos, que no se trenzan en una cola ridicula como la que llevan los chinos. Cuando están de luto, el turbante es largo; pero usan tambien un ancho sombrero de hojas de palmera ó de arroz que les resguarda del sol y de la lluvia. Se descubren delante de un superior, lo que no hacen los chinos, que consideran esta señal de respeto como un insulto.

El traje de las mujeres se compone tambien de un pantalon de seda sujeto al talle y de un vestido de mangas anchas y largas con cuello derecho, sin estar sujeto en la cintura. El turbante azul deja á descubierto una parte de su hermosa y negra cabellera peinada á la china y sostenida con adornos de oro y aun de pedrerías; gastan pendientes, y sus brazos están cargados de brazaletes.

No someten sus piés al tormento de los zapatitos chinos cuando se calzan; al contrario, llevan unas babuchas como las de los hombres y no gastan medias.

Las señoras salen en palanquines cerrados, de modo que no es posible verlas cuando van á sus visitas acompañadas de sus criadas. Las mujeres del pueblo andan descalzas y se resguardan de la lluvia y del sol con anchos sombreros de hojas de bambú, trabajados con arte.

Tanto los hombres como las mujeres, cuando no tienen criados llevan dos bolsas de seda ó de otra tela cualquiera colgando de un cordón y llenas de la sustancia masticatoria, de que no usan delante de sus superiores.

M. DE B.

Revista de Paris.

Los bailes de máscaras de la Opera son frecuentados este año por personas de la sociedad mas escogida. Hablamos de la parte femenina, pues en cuanto á los hombres es siempre la concurrencia juvenil tan aficionada á esta diversion que proporciona ocasiones de intrigas y aventuras. En los palcos, así como en el gran salon de descanso del teatro, se observa la presencia de muchas señoras que á pesar de la careta y del dominó son reconocidas por los que frecuentan las sociedades de alto tono. Esta novedad debe procurarnos sin duda algunas anécdotas. Para principiar hé aquí una que ha llegado ya á nuestra noticia.

En el primer baile de la temporada un jóven diplomático, Augusto de X..., se paseaba entre la muchedumbre de las máscaras, cuando de repente un dominó negro le tomó del brazo y llamándole por su nombre le dijo:

— Me alegro mucho verte. Hace mucho tiempo que deseaba la ocasión que se presenta esta noche.

— ¿De veras me conoces?

— Nada mas cierto.

— Dame una prueba.

— Ya te he dicho tu nombre.

— No basta.

— Pues ahora te diré dónde vives.

Y en efecto señaló el número y la calle; y añadió que pertenecía á una de las cancellerías alemanas que hay en Paris.

— Tantas señales me confunden; ¿pero no puedo yo saber quién eres tú?

Y al hablar así, Augusto clavaba sus ojos en la careta de seda de la desconocida, sin descubrir otra cosa que unos ojos negros y brillantes y una mecha de cabellos negros como los ojos.

— Te diré solamente que no soy de las que frecuentan estos bailes.

Y no bien había pronunciado estas palabras cuando se soltó del brazo del jóven.

— Adiós, le dijo; hasta el sábado próximo.

El dominó se alejó y se perdió muy luego entre la muchedumbre.

Augusto se quedó algun tiempo pensativo é inmóvil en medio del torbellino de los paseantes, y luego como si la fiesta hubiera perdido para él todo su atractivo, se salió del baile.

Durante la semana no pensó mas que en su encuentro misterioso, su imaginación se forjaba mil ilusiones. Muy jóven aun y recién llegado á esta gran ciudad donde el entusiasmo se gasta rápidamente, ó se sofoca porque es de mal tono, Augusto se abandonaba á los encantos de una pasión que presentaba en lontananza.

Muy temprano acudió al baile siguiente, y la desconocida no se hizo esperar. Como la primera noche, traía un bonito dominó negro adornado con soberbios encajes; su vestido de raso negro arrastraba, y llevaba en la muñeca izquierda un lazo de color de rosa.

Una hora pasó del brazo con ella hablándola y examinándola, pero nada descubrió sino que tenía unos ojos hechiceros, una boca como una rosa, la mano y los piés de una niña americana, y la gracia y los modales de la sociedad mas elegante.

Sin embargo, por algunas palabras que se escaparon en la conversacion, Augusto vino en conocimiento de que era forastera en Paris, ciudad que conocia muy poco, porque salia siempre en coche.

La desconocida manifestó deseos de sentarse; Augusto distinguió á un amigo suyo reclinado en un banco, y le suplicó que cediera el puesto á la enmascarada.

En cuanto esta se sentó, los que se hallaban á su lado la dirigieron algunas palabras de las que se acostumbran en tales lugares; pero una vez que hubieron oído las respuestas, no tardaron en manifestarla una galanteria respetuosa.

Augusto no apartaba sus miradas de aquellos hermosos ojos negros, que se destacaban sobre la careta como dos luceros en un cielo encapotado.

Cuando ella manifestó el deseo de volver á su palco, invitó al jóven á que la acompañara.

— ¿Está Vd. sola en él?

— No, hay otras personas.

— ¿Son hombres?

— Y señoras.

— No teniendo el gusto de conocer á esos caballeros, me permitiré Vd. que no entre.

La llevó hasta la puerta del palco, y despues de saludarla respetuosamente, se colocó en un sitio desde el cual podia observar á las personas que se hallaban con la desconocida. Con efecto, no tardó en ver á dos ó tres caballeros muy conocidos en los altos círculos de la sociedad parisiense.

Durante el tercer baile la mascarita se acercó al jóven y le dijo:

— Siento mucho que nos hayamos encontrado aquí...

— ¿Porqué motivo?

— Porque ahora que le conozco á Vd. mejor, habria tenido mucho gusto en convidarle para que viniera á mi casa.

— ¿Y no puede ser?

— De ningún modo. ¿Visita Vd. á la marquesa de...?

— No señora; no tengo el honor de conocerla.

— Yo le presentaré á Vd.

— ¿Y cómo nos encontraremos nosotros?

— ¿Quiere Vd. cartearse conmigo?

— Seguramente; es Vd. una persona de tanto talento, que sus cartas me serán muy gratas. Me indicará Vd. de qué manera la enviaré las respuestas.

— Corriente. Ahora debemos despedirnos.

— Adiós pues; cuento con que la aventura no se acaba aquí.

— Cuento Vd. con ello; nos volveremos á ver.

— ¿Sin careta?

— Quizá.

La desconocida concedió permiso al jóven para que estrechara su linda mano, y al punto se volvió al palco con sus amigos.

Tres dias despues Augusto recibió una carta de la dama; pero ¡ay! era un billete de despedida. Negocios de familia muy urgentes exigian la presencia de la desconocida en su país natal, y no pudiendo contar con un regreso próximo, citaba al jóven para el primer baile de máscaras del año 1860 en el mismo teatro de la Opera. En la conclusion se le recomendaba la paciencia y la exactitud para la época fijada. La carta no tenia firma ni indicacion alguna para que Augusto pudiera contestarla.

A esta historia sin desenlace que dejó desolado al jóven diplomático, seguirá otra que no carece de ese complemento tan indispensable en todas las historias.

Una señora de Bruselas muy rica y muy jóven encontró en Spa en el verano de 1857, á un parisiense elegante y distinguido que la prodigó todas sus atenciones durante algunos dias.

De repente esta señora, lo mismo que la desconocida del baile de máscaras, dijo que se veia precisada á salir de Spa con una tia que la acompañaba con direccion á Bruselas, donde la llamaba un negocio importante.

La viajera, á quien llamaremos Adelaida, porque este no es su nombre, y el lance que contamos es auténtico, se marchó con sentimiento, sin querer declarar el punto á donde iba. Habia visto y habia hablado con el jóven parisiense dos ó tres veces nada mas, y sin embargo se habia mostrado muy sensible á tal conocimiento.

No obstante la consolaba una idea.

— Soy casada, se decia, y debo marcharme.

Poco despues de su entrada en Bruselas murió su esposo, y Adelaida pudiendo ya disponer de su persona, pensó en la novela interrumpida, que podia tener al cabo de cierto tiempo un desenlace legítimo.

Concluido el año de luto y habiendo llegado el verano, Adelaida volvió á Spa prometiéndose que encontraría de nuevo al jóven, pero pasó todo el estío sin que se la cumpliera tan grata esperanza.

Este contratiempo, lejos de desvanecer su pasión, no hizo mas que aumentarla.

— Yo le sabré encontrar, se dijo; y al principio del invierno actual se hallaba ya en Paris.

Inmediatamente comenzó á recorrer y á frecuentar todos los sitios donde una señora puede hallar á un jóven elegante; pero trascurrieron algunas semanas y ella gastó su tiempo en balde.

Por desgracia no habia oído pronunciar el nombre del jóven; le habia visto únicamente en los bailes, y temiendo descubrir el sentimiento que la inspiraba, no se habia atrevido á tomar informes acerca de su persona.

Si hubiera sabido el nombre, nada mas fácil que hallar al hombre que buscaba; pero ignorándole tenia que fiar á la suerte en sus indagaciones.

Todos los dias se paseaba en carruaje por el bosque de Boulogne y á pié por los boulevards; no faltaba á ninguna de las funciones mas notables de los teatros de Paris; pero siempre los resultados eran nulos.

No obstante, el jóven la habia dicho que vivia en Paris y seguramente pertenecía á la sociedad mas distinguida; ¿se hallaba ausente? ¿Prolongaba su residencia en el campo, ó era su mala estrella la que le impedía descubrirle.

Lo cierto es que Adelaida llevaba ya tres meses de Paris, cuando se dió en la Opera el primer baile de máscaras.

Su deseo quedó satisfecho esta vez; el jóven se hallaba en el baile.

Adelaida al distinguírle no pudo contener un grito de alegría. Se descubrió, y el jóven por su parte no pudo disimular tampoco ni su viva emoción ni su sorpresa.

— ¡Usted aquí! exclamó.

Adelaida le participó el cambio que habia sobrevenido en su posicion, le dió cuenta de todos los pasos infructuosos que habia estado dando por hallarle y concluyó con estas palabras:

— Pero ¡ay! al perder á mi marido, he perdido tambien toda mi fortuna.

Quería saber el efecto que este descubrimiento podia causar en el hombre que amaba y que la habia conocido rica.

El jóven nada respondió, pero al dia siguiente Adelaida recibia una carta concebida en estos términos:

« Desde que vi á Vd. por primera vez no he cesado de amarla; y anoche al encontrarme con Vd. al cabo de año y medio, he conocido que es muy grande el amor que Vd. me ha inspirado. La desgracia en que se halla Vd. hoy es un título mas para que la ame. Tengo una fortuna modesta que la ofrezco, y si Vd. consiente en otorgarme su mano me consideraré el hombre mas dichoso. »

Despues de haber leído este billete, Adelaida respondió al jóven que le esperaba en su casa.

El parisiense que marchaba de sorpresa en sorpresa, encontró á la hermosa viuda en una habitacion suntuosa.

Adelaida le declaró entonces que sus reveses de fortuna no existían, que era muy rica, pero que le habia dado la humorada la noche anterior de decirle lo contrario.

Estas revelaciones no cambiaron en nada los sentimientos del jóven, y este casamiento novelesco se efectuó en la semana última.

MARIANO URRABIETA.

Canto épico.

A LA BATALLA

DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

(Conclusion.)

« O vencer ó morir que nos vea el dia, »
 Repuso el rey, y acometió arrojado.
 « Muramos con honor y bizarría,
 O alcancemos un triunfo señalado. »
 En digna aclamacion la vocería
 Con eco delirante y esforzado,
 « Por Dios y vos, gritaba, pelearemos,
 Y por Dios y por vos morir sabremos. »

En tan precioso instante una luz bella
 Resplandeció en la esfera trasparente;
 Por todas partes claridad destella,
 Y se esparce brillante y esplendente;
 Cual astro precursor ó hermosa estrella,
 Anuncia la victoria ya patente,
 Y entre doradas nubes se mostraba
 La santa Cruz que el cielo reflejaba.

Cual recia tempestad ruge furiosa
 Arrasando el hogar y el bosque ameno,
 Y hiende el roble y pino procelosa
 Entre el fragor del espantoso trueno;
 Así la hueste unida y animosa
 Acometió resuelta al agareno,
 Que ondulante y confuso defendía
 Palma á palma el terreno que perdía.

Abrieron ancho paso las espadas
 En la cerrada masa que procura
 Mantener sus hileras ordenadas
 En aquella refriega airada y dura;
 Se envuelven, se confunden arrolladas
 Y la firmeza en vano se procura:
 Ceden del castellano á la pujanza,
 Y á los doblados botes de su lanza.

Penetraron resueltos y furiosos
 Hasta los almohades aguerridos,
 Que esforzaron intrépidos y airosos,
 Y á grupos de ginetes escogidos:
 Sus flecheros huyeron pavorosos,
 Volvieron las espaldas perseguidos;
 Los árabes de España sucumbieron
 Y su vistosa formacion perdieron.

Con la Cruz encarnada su estandarte
 Don Pedro de Aragon tremoló altivo,
 Rigiendo doce mil hijos de Marte
 Con decidido esfuerzo, noble y vivo:
 La izquierda embiste, y por aquella parte
 Arrolla y vence fuerte y decisivo:
 Doblando el cuerno que mandaba ufano
 Zeit Aben el valiente mauritano.

Por los montes y valles retumbaba
 El fragor de los bravos combatientes,
 Y en los tersos escudos resonaba
 El martillar de golpes inclementes:
 El desaliento, el miedo se mostraba
 En aquellos semblantes impacientes,
 Al ver hollada ya la media luna
 Que risueña halagaba la fortuna.

En la terrible lucha activo insiste,
 Flojas las riendas y el caballo alzado
 Nuño de Lara, y animoso embiste
 Al moro Abu Said, que despechado
 Aquel empuje intrépido resiste;
 Mas quedó de su obero derribado
 De cruel parasismo el alma llena,
 Y exánime rodando por la arena.

Iñigo de Mendoza y Angresara
 Blandian animosos sus aceros;
 Y lidiaban resueltos cara á cara
 Con aquellos contrarios altaneros;
 Ninguno en cautivar á otro se para,
 Muerte y desolacion lanzan severos,
 El destrozo, la mísera ruina
 Que el odio ó el enojo allí fulmina.

En el choque revuelto y empeñado
 De aquel encuentro, un dardo despedido
 Y por mano sacrílega lanzado,
 Al insigne Dalman enardecido,
 Por su saber y ciencia celebrado,
 Y en la guerra resuelto y entendido,
 En el pecho le abrió profunda herida
 Que le privó de su esperanza y vida.

Don Sancho de Navarra acometía
 Conduciendo animoso su derecha,
 Y á la contraria turba dividía
 Que al fin se desbandó rota y deshecha:

Nada á su impetu audaz se resistía :
Del real penetró la entrada estrecha,
Horadando templados coseletes
Y segando cabezas con bonetes.

Sobre inmensos cadáveres pasando,
Llegan á la estacada que guardaba
El altivo caudillo de aquel bando,
A quien el sordo estruendo no alteraba;
Y Sancho con un hacha derribando
Los troncos y cadenas que enlazaba,
El paso abrió y la entrada libremente
Y penetró con su animada gente.

Armados de sus picas y broqueles,
Los negros que guardaban la estacada
La defendían animosos, fieles,
Con sus cuerpos cerrando la pasada;
Mas cubiertos de hierro los corceles
Revolviendo las grupas, libre entrada
Abrieron en las filas comprimidas,
Y en confuso desorden desunidas.

Aquellos arrogantes batallones
Ligados por los piés, entre sí unidos;
De camellos crecidos pelotones;
Los gigantes guerreros atrevidos
De la Nubia y del Africa leones;
Que en Mauritania fueron tan temidos,
Aunque la fiera lucha sostenían,
A impulsos del cristiano sucumbían.

Oyó Mohamed atónito aterido
El confuso fragor de la pelea;
Suenan mas cerca el choque y el ruido
Y aun sentado en su escudo titubea;
Fija su vista estólido, aturdido,
En el confuso caos que le rodea,
Y perdiendo el instinto, en rabia ardiente
Sombras y espectros ocupó su mente.

Vió abrirse entre relámpagos el cielo
Que rayos mil sobre el alarbe vierte,
Que errante y esparcido por el suelo
Do quier hallaba destrucción y muerte :
Y á un querubín que con radiante vuelo
Y su espada de fuego, activo y fuerte
Conducía al ejército cristiano
Que exterminaba al misero africano.

De Zaid Aben al eco altisonante
Volvió Mohamed de su espantoso ensueño;
Que llegó presuroso y anhelante
Hasta tocar á su aturdido dueño;
Y en su yegua montado, insinuante
Con agitada voz y fiero ceño
O vehemente clamor que estremecía,
Al imbécil caudillo le decía :

«El decreto de Dios ya está cumplido :
¿Hasta cuándo has de estar inerte, helado?
Alza, que ya el cristiano embravecido
Va á caer sobre tí, soberbio, airado.»
Mohamed medroso, exánime, aturdido,
Fué á montar su caballo acelerado,
Mas el árabe, «sube en mi Doncella,»
Le dijo, «y corre, y sálvate con ella.»

Llegó á Baeza exánime, acosado
Por la caballería castellana;
A su infortunio misero entregado,
Trocado en susto su bravura insana;
Siguió á Jaén imbécil, perturbado
Al despuntar la luz de la mañana,
Sin súbditos, amigos, ni esperanza,
Entregado á su fúnebre mudanza.

Entre tanto seguían incesantes
Los heroicos cristianos combatiendo
Los restos que aun lidiaban, arrogantes
Gritos de guerra y muerte repitiendo;
Y abanzaban intrépidos triunfantes,
La gloriosa jornada prosiguiendo,
Y exterminando con tenaz porfía
Cuanto á su noble esfuerzo se oponía.

Consternados cedieron, y rendidos,
Las insignias, las armas arrojaban :
Al vencedor glorioso sometidos
Los que al hierro mortífero escapaban :
A la triste inacción ya reducidos,
La compasión y la piedad buscaban,
La indulgencia, el favor del soberano,
Como digno blason del solio hispano.

Por celestial impulso dirigido
El canónigo ilustre de Toledo,
El célebre Pascual esclarecido,
Que la Cruz y guion llevaba lido,
Entre los enemigos confundido
Dos veces se encontró sin mostrar miedo;
Y una nube de flechas le arrojaron,
Y sin herirle al asta se clavaron.

Y mas admiración en esta guerra
Causó, que en todo el campo no se hallase
Rastro de sangre cuya vista aterra,
Que florido y ameno se encontrase
El dilatado espacio de la sierra,
Y que el caso admirable se mostrase,
Cuando inmensos cadáveres se hollaban
Y la marcha triunfante retardaban.

El inmenso botín fué repartido
Entre aquellos guerreros celebrados;
Los lucidos pendones adquiridos,
Las banderas do estaban figurados
En signos y en emblemas escogidos
Los símbolos mas fieles y afamados,
De manos agrenas arrancadas
Por cientos se ganaron á lanzadas.

De su caballería numerosa
Treinta mil en la lucha perecieron,
Y de gente de á pié fiera, orgullosa,
Ciento cincuenta mil también murieron;
Y lo que mas á nuestra fe gloriosa
Y á las santas creencias nos unieron,
Fué, el perecer tan pocos castellanos
A manos de los fuertes africanos.

Fué el fruto de victoria tan cumplida
Por el ardor ganada y fe cristiana,
El esfuerzo guerrero conseguida
Y el favor de María soberana,
Libertar de la saña tan temida
Y de una esclavitud dura y tirana
Al noble pueblo que animoso, ardiente,
En Covadonga levantó la frente.

Ganáronse castillos enriscados
En las altivas cumbres de la sierra,
Y en los desfiladeros situados,
Para guardar la entrada de la tierra;
Estos terribles fuertes enclavados
Entre breñas y riscos, en la guerra
Las bélicas hazañas protegieron
De San Fernando, y sus ventajas dieron.

A la unidad civil abrió camino,
Y á la unidad política y sagrada;
Fué de la cristiandad y amor divino
El sosten y la antorcha celebrada;
Su gran poder, su lustre, su destino
Debió á la Cruz empresa tan preciada,
Pues de la Cruz la exaltación y gloria
La Iglesia nos conserva la memoria.

La santa insignia de la Cruz triunfante
Levantó el vencedor grande y glorioso :
Y su escudo real se vió radiante
Timbrado con el hecho portentoso,
Con su trompa de oro altisonante
Voló la Fama al cénit luminoso,
Y publicó la sacrosanta hazaña
Para eterno blason de nuestra España.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

Adios á Cadiz.

ODA.

Si el genio le otorgara
A mi númen su luz esplendorosa,
Entonces confiara
Que mi canción grandiosa
Muy digna fuese de mi patria hermosa.
En el dolor que siento
Imploro inspiración, mi alma se afana ;
¿Qué te diré mi acento,
¡Oh ciudad gaditana!
Si te ha cantado el inmortal Quintana?
Con argentadas olas
Tus muros besa el mar, y á su murmullo,
Las gentes españolas
Oyen el nombre tuyo
Con gran placer y sin igual orgullo.

Los mares allá un día
Una preciosa hermana descaron,
Y entonces, patria mía,
Los ángeles bajaron
Y del seno del agua te sacaron.
Venus avergonzada,
Viendo en tí una rival de su belleza,
Al mar quejose airada
Y humilló su entereza
Al inmenso poder de tu grandeza.
La España generosa
Su independencia proclamó valiente;
Y en la lucha gloriosa
La gaditana gente
Un laurel adquirió para su frente.

Quando inocente niño
Tus encantos ¡oh Gades! contemplaba,
Te rendí mi cariño :
Tu cielo me estasiaba ;
Sin comprender la causa, te adoraba.
Hoy que de tí me ausento,
Oye mi humilde adiós de despedida :
Invade el sentimiento
Al ánima afligida ;
¡Ay! ¿te veré otra vez, patria querida?
Cuando cruce los mares
Henchida el alma de angustioso duelo,
Prestaré á mis pesares
Un rayo de consuelo
La paz sabrosa de tu hermoso suelo.
Huérfano, pobre, triste,
¡Oh, amada patria! lo que soy te debo ;
Tú mis quejas oíste ;
Hoy mi pena renuevo...
¡Tantos recuerdos en mi pecho llevo !
En tu seno de gloria
Trascurrieron mis años seductores ;
Conserva mi memoria
Las virginales flores
De la estación feliz de mis amores.
Si en la América ardiente
Vago afligido en la arboleda umbría
Con mi dolor vehemente,
Tu nombre, patria mía,
Mitigará benigno mi agonía.
Vierten mis ojos llanto
¡Mi voz convulsa en la garganta expira !
¡Ay! temple mi quebranto
La patria que me inspira ;
Suyos mis versos son, suya mi lira.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Episodio de la toma de Malakoff

POR M. HORACIO VERNET.

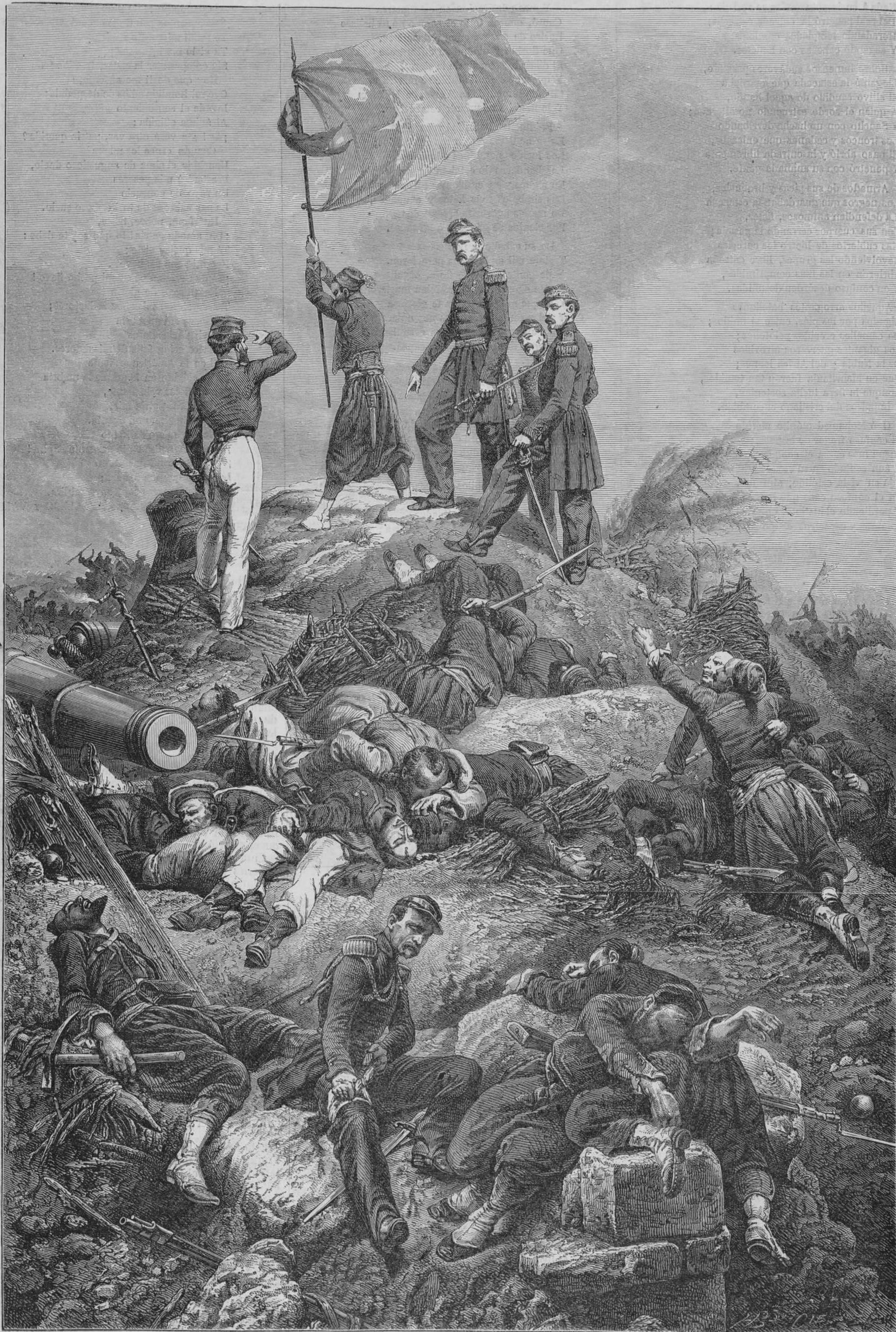
M. Horacio Vernet, el pintor de *Smala*, del *Sitio de Roma* y de tantas batallas que demuestran en él la unión íntima de un gran talento y de un patriotismo muy laudable, acaba de ejecutar el cuadro de la *Toma de Malakoff* para la ciudad de Autun, patria del general Mac-Mahon, que fue uno de los héroes de esa hermosa epopeya militar. El asunto es uno de los episodios mas conmovedores de una de las acciones mas ilustres de aquel sitio heroico que duró dos años.

El general Mac-Mahon seguido de dos edecanos, de los cuales uno, el que se halla mas adelante, es el coronel de estado mayor Le Brun, ha llegado á lo alto de Malakoff. El valeroso cabo Lihaut del 4º de zuavos, guia general, agita en medio de una lluvia de balas el pabellon de marina prendido en el asta del banderín, señal que indica al ejército que son dueños de la posición. Un oficial inglés, desconocido, y cuya misión no se halla felizmente consignada en ningún documento oficial, se presenta al general, y diciéndole que es una temeridad aquella ocupación, le declara que si no renuncia á la ventaja peligrosa que acaba de obtener, el cuerpo inglés abandonará el campo de batalla.

El general inspirado por una de esas hermosas resoluciones propias de las almas enérgicas, responde al emisario: «Podeis marcharos cuando queráis; yo estoy aquí y aquí me quedo...» Palabras sublimes en su sencillez y que atestiguan en el general esa serenidad que es una de las cualidades mas esenciales de los jefes militares. Toda la idea, todo el movimiento del cuadro se hallan en ese pequeño grupo de personajes; pero el ademán enérgico del general y los accidentes de la composición hacen adivinar fácilmente una situación terrible, de la cual se desprende en idea el conjunto del sitio. Los cadáveres que se ven en la cuesta ponen en evidencia los peligros que rodean al general. Un poco mas abajo de los personajes principales, el coronel de la Tour-du-Pin, herido en el muslo por un casco de bomba no ha podido seguir hasta la cumbre. La figura indica esa fuerza de carácter que se hace superior al dolor físico; solo manifiesta el despecho de no poder tomar parte en el combate. También se advierte el esfuerzo supremo de ese zuavo herido y moribundo que quiere escalar el corto espacio que le separa del punto culminante, el último término de su ambición antes de morir.

Esta nueva obra del gran pintor de batallas de la Francia, tiene todas las cualidades que recomiendan tan altamente el talento del artista. Las figuras principales se destacan en un cielo luminoso, y están tratadas con esa facilidad de ejecución y esa franqueza propia de una inspiración firme. Las del primer término están en la sombra; pero es esa sombra del aire libre que tiñe los objetos sin cubrirlos. M. Horacio Vernet tiene un talento particular para interpretar los contrastes de luz. En suma, la *Toma de Malakoff* es un triunfo nuevo de ese talento popular que posee, para agradar al público inteligente, todas las cualidades que constituyen un grande artista, y para cautivar á las masas, ese sentimiento verdaderamente francés que inspiró la musa de Beranger. Con el recuerdo de esas dos cualidades, Horacio Vernet sale con honor en todas sus empresas; es sin duda el pintor que ha sabido ganar mas batallas.

A. D.



EL GENERAL MAC-MAHON EN LA TORRE DE MALAKOFF, CUADRO PINTADO POR M. HORACIO VERNET



NUEVAS ADQUISICIONES DEL MUSEO DEL LOUVRE. - LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN, CUADRO DE MURILLO.

Los nuevos cuadros españoles del Museo del Louvre.

El Museo del Louvre acaba de enriquecerse con cinco cuadros españoles que han sido comprados por la cantidad de 300,000 francos á los herederos del mariscal Soult, y son los siguientes :

De Murillo : *la Natividad de la Virgen y el Milagro de San Diego*; — de Zurbaran : *San Pedro Nolasco y San Ramon de Peñafort*; — y los *Funerales de un obispo*; — de Herrera : *San Basilio dictando su doctrina*.

Estos cuadros, despues de haber sufrido una restauracion, se hallan expuestos hoy en la galería principal del museo. La reproduccion de las dos obras de Murillo que nuestros lectores tienen á la vista, nos dispensará aquí su descripcion; pero no por esto dejaremos de enumerar las altas cualidades que les distinguen.

En *la Natividad*, el dibujo, el colorido y las pinceladas están de acuerdo para dar unidad á la composicion y para manifestar el sentimiento de ternura que ilumina los rostros de todos esos personajes atraídos hácia la Virgen naciente. Un mismo amor los anima, un mismo impulso los arrastra, como que una misma luz los alumbrá, y es la que se proyecta del cuerpo de la Criatura predestinada. Todo está sacrificado á la expresion de ese sentimiento. La Santa Ana sentada en su cama que



UN CONCILIO, CUADRO DE ZURBARAN.

recibe las visitas de sus parientes, y las mujeres ocupadas delante de la chimenea, que se distinguen en el fondo, se hallan en una media tinta discreta, de donde se destacan como un ramillete de flores las mujeres y los ángeles agrupados en torno de la Virgen.

La afectuosa bondad de la anciana que sentada en el suelo tiene la Virgen sobre sus rodillas, y la expresion de amor del ángel que está detrás, son admirables. Los pintores estudian y tratan de descubrir por qué artificio de pintura el vestido de color de rosa del ángel sirve de fondo luminoso á la figura oscura de la mujer que está en primer término, acentuada con mas firmeza, y al vestido pardo de la anciana. — Los conocedores de las obras de Murillo ponen á este cuadro en primera línea.

En *el Milagro de San Diego* el asunto es menos elevado. Los fieles no se muestran generosos y el convento carece de viveres. Enternecido con la mala suerte de sus hermanos, san Diego dirige al cielo una oracion tan ferviente, que es arrebatado en éxtasis y se encuentra en medio de una aureola luminosa; Dios accede á sus ruegos, y varios ángeles grandes y pequeños acuden con provisiones que preparan inmediatamente en la cocina del convento. El prior abre la puerta de la cocina y asiste al milagro sin sorprenderse. En el segundo de los dos caballeros de Calatrava que le acom-



EL MILAGRO DE SAN DIEGO Ó LA COCINA DE LOS ANGELES, CUADRO DE MURILLO.

pañan atónitos, se cree reconocer el retrato de Murillo, que tenía veinte y ocho años cuando pintó este cuadro en 1646. ¿Había llegado en esta época á lo que llaman su segundo estilo, ligero y luminoso, como en la *Natividad*? No lo creemos, aunque Murillo continuó pintando de las dos maneras, según lo exigía el asunto, variando sus procedimientos en razón á la diferencia de naturaleza de los personajes que tenía que representar en el mismo lienzo. Así en la pequeña Concepción que está en el Louvre se vea de ver fácilmente que la Virgen se halla trasfigurada, digámoslo así, en tanto que las otras figuras están acentuadas con una realidad evidente.

En la *Cocina de los Angeles* (es el segundo nombre del cuadro que nos ocupa), todos los actores de la escena, ángeles, frailes y caballeros de Calatrava, se hallan pintados por el contrario con el mismo pincel preciso y seco en muchas partes. Si Murillo se hubiera hallado ya en posesión de su segundo estilo, parecerían que habría diferenciado más con el colorido y los toques los ángeles y los humanos. Sus ángeles no tienen en la frente el esplendor divino; en cuanto al San Diego en éxtasis es admirable por su expresión. La fe más bien que la inteligencia anima su rostro; pero en la presión de sus manos callosas, en sus ojos sumergidos en lo infinito, y en sus mejillas hundidas, se comprende el ardor de la oración y el arrobamiento del éxtasis; tanto que el milagro parece natural.

Zurbaran (1598—1632), aunque estudió con el Caravaggio, no ha exagerado los efectos en los dos cuadros que hoy posee el Louvre. En el *Concilio*, que reproducimos, una luz difusa alumbraba la escena; y sin artificio, sin sacrificios aparentes, todos los personajes apañados en un lienzo estrecho, están en sus términos respectivos, y respiran con desahogo en un aire fluido y trasparente. Los blancos, esa dificultad de la pintura, son admirables; y aunque las carnes tienen un tono rojo producido quizá por la impresión del lienzo, todas las figuras poseen un aire individual que denotan la presencia del modelo, con tanta más razón cuanto que muchas de ellas se encuentran igualmente en los *Funerales de un obispo*. Este último cuadro, en el que se ha cambiado el lienzo, debió ponerse negro en los fondos y en los negros, en tanto que los blancos del raso de la casulla y de los guantes del obispo ó del cardenal, tienen cierta sequedad, que es sin embargo semi-transparente.

El *San Basilio dictando su doctrina*, de Herrera (1576—1656), que fué el maestro de Velazquez, pone en evidencia las cualidades que distinguieron á su autor; no obstante debemos decir que no tiene la importancia de los otros; y si el Museo del Louvre le ha comprado, ha sido para completar la suma de 300,000 fr. que quiso consagrar á la adquisición de cuadros españoles.

A. D.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuación.)

¿Pero podía compararse la admiración del abuelo con la de Amelia? Esta muestra de cariño por parte de Jorge la hacía creer que su hijo no tenía igual en el mundo en cuanto á bondad y buenos sentimientos.

Muchos meses la duró esta alegría; se dormía más contenta con aquel retrato debajo de su almohada. Diariamente le cubría de lágrimas y de besos; diariamente oraba levantándole al cielo con sus manos. Nunca había experimentado tanta satisfacción desde que se había separado de Jorge.

En su nueva condición Jorge se conducía como un gentleman. En la comida ofrecía vino á los que estaban á su lado con mucha gravedad, y bebía el champaña con un aplomo imperturbable.

Uno de los sastres más famosos de la alta aristocracia tenía la misión de vestirle; así es que estaba equipado como un príncipe. Tenía casacas de casimir blanco para las soirées, casacas de terciopelo para las comidas, y en casa llevaba una bata de cachemira.

Un criado agregado á su persona le ayudaba á vestirse, y le entregaba las cartas en una bandeja de plata.

Después del almuerzo Jorge se reclinaba en el gran sillón del comedor y leía el *Morning-Post*, como habría hecho un hombre de la estatura ordinaria.

Los que se acordaban de su padre el capitán, decían que se parecía á él en todo. Su carácter imperioso y alegre tenía siempre en movimiento toda la casa.

El cuidado de la educación de Jorge fué confiado á un pedante de la vecindad que tenía un establecimiento para educar á los hijos de la nobleza.

Algunos meses después de la entrada de Jorge en casa de su abuelo paterno, vino á morir mistress Sedley. Nunca había existido entre la abuela y el nieto un cariño extraordinario, de modo que Jorge no sintió sobremanera esa desgracia. Se vistió de luto y fué á ver á su madre, á quien dijo sentía mucho no poder ir al teatro.

Amelia fué un ejemplo de celo y de abnegación durante la última enfermedad de su madre. ¡Ah! los hombres ni aun siquiera sospechan los padecimientos y los sacrificios que constituyen toda la vida de las mujeres. Con nuestra supuesta superioridad de espíritu, no podríamos soportar la centésima parte de las pruebas que atraviesan cada día esos ángeles de resignación; sumisión continua y sin esperanza de recompensa; bondad

y dulzura que no se desmienten en presencia de una dureza inflexible; amor, paciencia, solicitud, cuidados continuos, que nuestra ingratitud y nuestra indiferencia no saben ni agradecer con una palabra lisonjera. ¡Cuántas hay entre ellas que tienen el alma quebrantada por el dolor en tanto que su rostro respira la calma y la alegría! Esclavas tiernas y débiles, tienen que ocultar sus tormentos bajo las apariencias de una felicidad que no existe.

De su sillón valetudinario la madre de Amelia había pasado á su cama para no levantarse más.

Su hija no la abandonaba más que para ir á ver á su querido Jorge, y para eso la enferma la reñía por esas cortas ausencias. Ella, que había sido una madre tan buena y tan indulgente en los tiempos de su prosperidad, se hallaba ahora irritada por la desgracia y la pobreza.

Pero esos accesos de mal humor no entibiaban el amor de su hija; era en cierto modo como un entre-acto de sus demás dolores; su pensamiento se hallaba distraído de esas preocupaciones crueles por las exigencias continuas de la enfermedad.

Amelia lo soportaba todo con una suavidad inalterable; levantaba la almohada que su madre siempre encontraba incómoda, y dulcificaba sus padecimientos con esas buenas palabras cuyo secreto conocen únicamente los corazones buenos y sencillos. Por último, cerró aquellos ojos que durante largos años habían tenido para ella tantas y tan tiernas miradas.

Entonces consagró toda su ternura á su desgraciado padre, abatido por el último golpe que acababa de sufrir; su mujer, su honra, su fortuna, todo había desaparecido. Amelia era el único apoyo que le quedaba en el mundo.

LIV.

REGRESO DEL MAYOR DOBBIN.

El mayor Dobbin obtuvo fácilmente una licencia de su comandante, y con ella pudo marchar inmediatamente á Madras, donde debía embarcarse para Europa. No cesó de viajar de noche y de día hasta su destino, y así es que llegó á Madras con una fiebre que le devoraba. Los criados que le acompañaban le transportaron en un estado muy alarmante á casa de uno de sus amigos donde debía permanecer hasta su embarque; pero durante muchos días se temió que se quedaría en el cementerio de Madras al lado de tantos valientes oficiales muertos lejos de su patria.

En tanto que el infeliz Dobbin se hallaba consumido por el fuego de la calentura, los que velaban en su cuarto pudieron distinguir entre las palabras confusas que pronunciaba en su delirio el nombre de Amelia. A esos trasportes de exaltación febril sucedía en los momentos lúcidos una postración completa pensando que quizá no la vería. Creyendo que había llegado su última hora, hacía sus preparativos para pasar al otro mundo, ordenaba sus asuntos y disponía de su pequeña fortuna en favor de aquellos que quería se aprovecharan de ella.

El amigo en cuya casa estaba le sirvió de testigo para su testamento. Pidió que le enterraran con el cordón de pelo que llevaba al cuello. Y aquí, para no faltar á la verdad, confesaremos que se le había procurado por la doncella de Amelia, cuando hubieron de cortar el pelo á la joven viuda de Bruselas, durante la enfermedad que la causó la muerte de su marido.

Por fin llegó á restablecerse y se embarcó á bordo del *Ramchunder*, de la compañía de las Indias orientales, que venía de Calcuta con parada en Madras. El pobre Dobbin se hallaba tan débil que su amigo, que le había cuidado en su enfermedad, auguraba mal de los resultados de aquel viaje.

No obstante, á pesar de esta profecía, el aire benéfico del mar, ó sin duda la esperanza que renacía más viva en el corazón del convaleciente conforme adelantaba el buque en su marcha, devolvieron la vida y la salud á nuestro amigo.

Debemos decir que durante el tiempo que había pasado Dobbin en Madras, su regimiento había recibido la orden de regreso, y que el mayor habría podido volver con sus compañeros si hubiese tenido un poco de paciencia.

Quizá no quería entregarse á las tentativas de Glorvina en aquel estado de flaqueza.

— Desearía saber lo que habría hecho de mí miss O'Doow, decía riendo á su compañero, si hubiese venido con nosotros. Después de haberme visto desaparecer, habría caído sobre vos, mi querido José, y sin duda os habría llevado á remolque hasta Southampton.

El compañero de Dobbin era efectivamente el robusto José, que volvía á Inglaterra después de haber pasado diez años en Bengala. Un régimen de comidas, de pasteles, grogs y vino de Bordeos, y en fin el aguardiente y el ron habían acabado por exigir su viaje á Europa. Además había concluido su tiempo de servicio en la compañía de las Indias, y su sueldo fué bastante crecido para que pudiera hacer ahorros considerables. Nada le impedía pues volver á su patria para disfrutar de la pensión á que tenía derecho.

Quizá estaba menos robusto que cuando le conocimos; pero su andar era más solemne y majestuoso. Se había dejado crecer los bigotes, y llevaba con profusión alhajas y alfileres de diamantes. Le acompañaba un indígena que le servía y llenaba su pipa de tabaco; la existencia de este hijo del Oriente era poco dichosa bajo el despotismo de José Sedley.

Como no había señoras á bordo, y el mayor había cedido la preferencia al empleado civil, este tenía en la mesa el puesto de honor; por eso el capitán y los oficiales del *Ramchunder* le prodigaban todas las consideraciones debidas á su rango. Además con su afabilidad y su cortesía había sabido ponerse bien con todo el mundo.

¡Cuántas veces, en una noche templada y hermosa, en tanto que el buque trazaba su línea de espuma sobre las olas, y la luna y las estrellas brillaban en la bóveda celeste, Sedley y el mayor, sentados sobre cubierta y fumando, hablaron de su país natal!

En esas conversaciones íntimas el mayor hacía recaer la conversación en Amelia y su hijo, en tanto que José hablaba de las desgracias de su padre y de la carga que era para él.

El mayor trataba entonces de infundirle mejores sentimientos inculcándole las consideraciones que debía al infortunio y á los años. No hay duda que José no podría participar del género de vida de los dos ancianos después de haber estado en una sociedad diferente; pero esto podía remediarse poniendo una buena casa en Londres. Su hermana Amelia no podía ser más á propósito para dirigir su interior; era el buen gusto, la bondad personificada, la perfección bajo todos conceptos. Le recordaba como había sido admirada en otro tiempo en Bruselas y en Londres; luego le insinuaba que tenía el deber de poner á Jorge en un buen colegio, y tanto insistía en estas cosas que acabó por arrancar á José la promesa de que se haría el protector de Amelia y de su hijo.

Ignoraba los acontecimientos que habían sobrevenido en la familia Sedley: la muerte de mistress Sedley, la separación de Amelia y de su hijo, y la fortuna de este último. Pero lo cierto es que el mayor no pensaba siempre más que en Amelia y en los medios de serla útil. A José le prodigaba lisonjas inagotables, y sentía hacia él un cariño que se explica fácilmente. Aquellos de nuestros lectores que tienen hermanas ó hijas deben haber notado cuán amables son con ellos los hombres que hacen la corte á las mujeres de su familia, y quizá el mayor era digno de figurar entre estos adeptos de la hipocresía.

De todos modos el mayor Dobbin no comenzó á restablecerse de veras sino después de una conversación que tuvo en el buque con su amigo. Dobbin había dicho entonces á José que no le quedaba más recurso que someterse á su destino, que dejaba alguna cosa á su ahijado en su testamento, y que se prometía que mistress Osborne sería dichosa con el nuevo esposo que elegía.

— ¡Casamiento! exclamó José; no es verdad, nunca me ha hablado de casamiento en sus cartas.

Lo que se había anunciado á su hermano había sido el matrimonio del mayor Dobbin añadiendo que hacía votos muy sinceros por su felicidad.

Desde aquel día el mayor Dobbin recobró rápidamente la alegría y la fuerza; sus compañeros de travesía no pudieron explicarse una metamorfosis tan completa. Se hizo tan popular á bordo, que á su desembarco en Southampton toda la tripulación le saludó con sus aclamaciones.

Dobbin llegó á Londres volando, y su primera visita fué para Amelia.

Mistress Clapp, la dueña de la casa, y su hija miss Polly, se quedaron atónitas con la aparición del mayor, se estrecharon las manos y pasaron al aposento de John Sedley. Dobbin reconoció todos los muebles y se sentó en el sillón de su antiguo amigo. La madre y la hija, mezclando su relato con las exclamaciones más patéticas, informaron al mayor de todos los sucesos que conocemos ya.

Dos ó tres veces Dobbin estuvo á punto de entablar la cuestión del casamiento, pero siempre se detuvo para no declarar los secretos de su corazón.

Por último, le dijeron que mistress Osborne se había ido á paseo con su padre, á quien acompañaba siempre porque estaba muy abatido y achacosos.

— Tengo poco tiempo de que disponer, dijo el mayor, y esta noche estaré ocupado; sin embargo, quisiera ver á mistress Osborne; ¿tendría la bondad miss Polly de acompañarme?

Miss Polly se prestó á ello con mucho gusto, pues sabía donde podría hallarlos. Fué á vestirse, y al cabo de pocos minutos volvió con su sombrero nuevo, el pañuelo amarillo de su madre y un broche de piedras falsas, todo para figurar dignamente al lado del mayor.

Dobbin, de casaca azul y con guantes de piel de gamo, ofreció su brazo á la joven, y ambos partieron alegremente. Agradábase al mayor el tener alguien junto á sí durante una entrevista que le inspiraba cierto terror. Hizo á la joven mil preguntas acerca de Amelia, y Polly trató de satisfacer aquella curiosidad inagotable.

En el camino sobrevino un incidente que causó un vivo placer á nuestro amigo. Encontraron á un joven de color pálido, escasas patillas y corbata blanca que se paseaba con dos señoras. Una de ellas era alta y delgada, y se parecía en las facciones y en el aire al ministro anglicano á quien daba el brazo.

La otra era pequeña y morena; llevaba un hermoso sombrero nuevo cubierto de cintas blancas, é iba envuelta en una esclavina lujosa.

Miss Polly y el acompañante de estas dos señoras se saludaron.

— ¿Qué personas son esas? preguntó el mayor riéndose de aquel trio burlesco cuando ya no podían oírle.

La joven le miró con aire malicioso.

— Es nuestro ministro, el reverendo M. Binney (el mayor se estremeció) con su hermana miss Binney. La que va tan lujosa es mistress Binney, hija de un tendero de Kensington Gravel. Se casaron el mes último; poseen cinco mil libras esterlinas de renta, pero ya están refiadas ella y miss Binney, que hizo ese matrimonio.

El mayor casi estuvo tentado de ponerse á dar saltos de alegría; pegó con el baston en el suelo de un modo tan extraño que miss Polly no pudo menos de echarse á reír; luego se quedó algunos momentos silencioso, con la boca abierta, siguiendo con la vista á las tres personas que se alejaban, en tanto que la jóven se extendía en pormenores acerca de ellos; pero la única cosa que él había oído era que el ministro se había casado con una mujer que no era Amelia, y esto le bastaba.

En seguida aceleró el paso, y pronto llegaron á la entrada de Kensington Garden.

— Ya estamos, dijo miss Polly, y sintió que el brazo del mayor temblaba.

— ¡Id delante para advertirla, exclamó el mayor.

Polly partió como una flecha.

El viejo Sedley estaba sentado en su banco favorito con el pañuelo al lado, y repetía por la centésima vez alguna antigua historia á la pobre Amelia, que sin embargo sonreía con la relación del anciano.

Viendo á Polly que llegaba corriendo, Amelia se levantó sobresaltada. Su primera idea fué que le había sucedido alguna desgracia á Jorge; pero el rostro alegre de la mensajera disipó muy luego los temores que surgían en el corazón de aquella tierna madre.

— ¡Buena noticia! ¡Buena noticia! gritó la jóven; ¡ha llegado, ha llegado!

— ¿Quién? preguntó Amelia sin dejar de pensar en su hijo.

— Mirad por allí, repuso miss Polly extendiendo su mano en la dirección que indicaba.

Amelia disti guió el rostro pálido de Dobbin y los inmensos contornos de su sombra que se dibujaban sobre la yerba. Entonces la tocó á ella temblar, sonrojarse y verter lágrimas. En las grandes circunstancias, las lágrimas eran siempre el supremo recurso de aquella sencilla criatura.

Los ojos de Dobbin se clavaron con ternura en Amelia; era la misma de antes; únicamente sus megillas estaban un poco pálidas, su rostro algo mas lleno; sus ojos manifestaban como siempre la bondad y la confianza. Apenas algunos hilos de plata se destacaban sobre sus negros cabellos.

Tendió las dos manos á Dobbin con una sonrisa velada por las lágrimas; y él apoderándose de sus dos manos las estrechó algunos instantes en las suyas en medio de una contemplación muda.

¿Porqué no la estrechó entonces en sus brazos? ¿Porqué no la juró que en adelante no se separarian? Seguramente no habría hallado ninguna resistencia por su parte.

— Tengo... tengo que anunciaros la llegada de otra persona; exclamó al cabo de un momento de silencio.

— ¿De mistress Dobbin? preguntó Amelia haciendo un movimiento involuntario.

— Ah! ¡Qué momento aquel para declararla el secreto que pesaba sobre su corazón!

— No, no, respondió soltando sus manos; ¿quién ha podido inducirnos en semejante error? He venido en el mismo buque con José, que vuelve para daros la felicidad.

— ¡Padre mio! ¡Padre mio! exclamó Amelia; oid las buenas noticias; mi hermano está en Inglaterra, viene á cuidar de vos... y aquí está el mayor Dobbin.

M. Sedley alzó la cabeza como un hombre cogido de improviso y que trata de recoger sus pensamientos; hizo al mayor un saludo profundo á la antigua usanza, y le preguntó si su digno padre sir William continuaba siempre en buena salud, añadiendo que próximamente le devolvería la última visita que le había hecho. Hacía ocho años que sir William no había visitado al pobre Sedley.

— No tiene la cabeza firme, dijo Amelia á Dobbin en voz baja en el momento en que este último estrechaba cordialmente la mano del anciano.

A pesar de los negocios importantes que Dobbin suponía tener aquella noche, se comprometió á ir á tomar el té con M. Sedley.

Amelia abrió la marcha del brazo con su jóven amiga, y M. Sedley las seguía con el mayor. Al anciano andaba muy despacio y aprovechó el tiempo para contar á Dobbin una porción de historias á cual mas antiguas sobre él, sobre su esposa querida, sobre su pasada prosperidad, y por último, sobre su quebra.

El mayor le dejaba hablar cuanto quería, y durante ese tiempo sus ojos no se apartaban del ser adorado que marchaba delante, de aquella querida imagen siempre presente en su imaginación; aparición divina que embellecía todos sus sueños.

Aquella noche la alegría interior de Amelia se manifestaba en todos sus movimientos. Cumplió con sus deberes de ama de casa con una gracia encantadora; al menos así le pareció á Dobbin.

Por fin llegó para él aquel momento por el que suspiraba hacia tantos años. ¡Cuántas veces en países lejanos, bajo los rayos abrasadores del sol de la India, en medio de las marchas forzadas, su pensamiento había atravesado los mares y se había trasladado adonde estaba Amelia! Entonces le aparecía tal como la veía ahora, como un ángel consolador para la vejez de su padre, que realizaba su indigencia con toda la grandeza de la resignación.

El mayor decía que el té era exquisito porque le re-

cibía de manos de Amelia, y Amelia le ponía tazas y mas tazas, como complaciéndose en fomentar maliciosamente las disposiciones del mayor. A decir verdad, ignoraba que el mayor no había comido aun, y que le esperaba su cubierto en casa del fondista Slaughter, en aquel mismo lugar donde Jorge y Dobbin habían comido juntos alegremente, cuando Amelia era una niña que acababa de salir del colegio de miss Pinkerton.

La primera cosa que mistress Osborne enseñó al mayor fué la miniatura de Jorge. El niño, á decir verdad, era mil veces mas bonito; ¿pero no había hecho una noble acción regalando aquel retrato á su madre?

Hasta el momento en que su padre comenzó á dormirse, no habló mucho de Jorge; era muy doloroso para el anciano el oír hablar de M. Osborne de Russell Square; no sospechaba el infeliz que hacia muchos meses estaba viviendo gracias á la generosidad de su rival, y aquel nombre pronunciado en su presencia, habría excitado en él la ira mas violenta.

Dobbin contó á Amelia lo que había pasado á bordo del *Ramchunder*, y exageró quizá las benévolas disposiciones de Jose respecto de su padre; lo cierto es que el mayor había concluido por arrancarle la promesa de que se encargaria de su hermana y de su sobrino. En una palabra, para decirlo todo, Dobbin se olvidó de la verdad hasta el punto de asegurar al anciano M. Sedley, que si José había vuelto á Europa había sido solo por el gusto de verle.

A su hora acostumbrada, el anciano comenzó á roncar en su sillón, y Amelia pudo entablar entonces aquella conversacion que deseaba tan ardientemente, puesto que Jorge debía ser el objeto exclusivo de ella. No dijo nada á Dobbin de lo que había sufrido con la separación; pues aunque aquella herida estaba siempre abierta, consideraba que no debía sentir el no tenerle en su compañía. No obstante, tenia mil cosas que contar acerca de su hijo, sobre sus cualidades, sus talentos y su porvenir; le pintó su hermosura angelical, le citó mil ejemplos de su generosidad, de la nobleza de su corazón, y por último, le hizo elogios del reverendo Lawrence Veal, el maestro de Jorge, que era un hombre prodigioso por su erudición.

— Lo sabe todo, decía Amelia, y tiene reuniones encantadoras... Estoy segura de que tendreis mucho gusto en asistir á ellas... recibe el último martes de cada mes... Dice que no hay puesto ni en el foro ni en la política que Jorge no pueda alcanzar... ¡Oh! William, añadó tomando la mano del mayor, ¡qué tesoro me vino del cielo cuando Dios me dió ese hijo!... Es la alegría y el consuelo de mi vida... es la imagen viva... del que ya no existe.

— ¡Qué fidelidad! se decía Dobbin á si mismo; ¿cómo puedo tener celos de un amigo que hoy duerme en la tumba... ¡Jorge, Jorge, no habeis sabido apreciar el amor de Amelia!

Estas reflexiones cruzaron por la mente de William en menos tiempo del que hemos necesitado para escribirlas, en tanto que estrechaba la mano de Amelia y esta se pasaba el pañuelo por los ojos.

— Amigo mio, le decía, siempre me habeis demostrado una sinceridad excesiva... Pero mi padre se despierta; mañana ireis á ver á Jorge, ¿no es verdad?

— Mañana no podré, respondió Dobbin; tengo mucho que hacer.

No queria confesar que todavía no había visto á su familia. Por fin se decidió á despedirse de Amelia y dejó sus señas para que se las dieran á José cuando llegara.

Así pasó su primer día en Londres.

LV.

EL PIANO.

La visita del mayor dejó á John Sedley en un estado de grande agitación. En toda la noche pudo lograr su hija que se entregara á sus distracciones ordinarias. Principió á revolverlo todo, porque queria tener bien arreglados sus papeles para cuando llegara José.

A la otra mañana Amelia encontró á su padre levantado; nunca había madrugado tanto.

— No he podido cerrar los ojos, mi querida Amelia, dijo á su hija. Me he acordado mucho de tu pobre madre; pensaba que si hubiera vivido, se habría paseado conmigo en el coche de José. También ella tuvo coche en otro tiempo...

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Amelia las enjugó y besó á su padre con una dulce sonrisa, luego puso la corbata al anciano, y prendió en ella el alfiler de oro, triste resto de su antiguo esplendor.

Instalado de esa manera en su viejo sillón con el traje de los domingos, esperó la llegada de su hijo desde las seis de la mañana.

Ya principiaba á ser de noche cuando llegó estrepitosamente un carruaje y se detuvo ante la puertecilla de Blompton; era el carruaje de José, quien movido por un sentimiento de ternura filial había querido ver á su padre antes de ir al cuarto que Dobbin había debido tomar para él en la fonda de Slaughter.

José hizo su entrada solennemente acompañado de un nuevo criado que tomó en Southampton y de un negro transido de frío.

Cerraremos discretamente la puerta cuando entró José con su anciano padre y su dulce y amable hermana. El anciano se conmovió extraordinariamente; su hija no se conmovió menos, y José participó también un poco de la ternura general.

Al cabo de diez años de ausencia, ¿quién puede ser bastante egoísta para que los recuerdos del pasado y los lazos de familia no ejerzan alguna influencia sobre él? La separación consagra los afectos de la edad tierna, y cuando se piensa en los placeres de otros tiempos, las penas que los rodearon desaparecen. José estrechó con emoción verdadera la mano de su padre, á pesar de la frialdad que habían establecido entre ellos las relaciones comerciales. Además estaba hechizado al ver á su hermana, tan encantadora en la época en que las pesadumbres no habían borrado aun la sonrisa de sus labios, y con dolor contemplaba las hondas arrugas que la desgracia, la indigencia, el infortunio y los años habían estampado en la fisonomía de aquel anciano que tan duras pruebas había sufrido en esta vida.

Amelia recibió á su hermano en la puerta y le deslizó algunas palabras al oído para notificarle la muerte de su madre y recomendarle que no hablase de ella delante del anciano. ¡Inútil precaución! por allí principió Sedley derramando abundantes lágrimas. La emoción fue contagiosa para el empleado en las Indias, y este espectáculo le sugirió reflexiones muy serias.

El resultado de la entrevista fué sin duda muy satisfactorio; pues cuando José se volvió al carruaje, Amelia abrazando tiernamente á su padre, le preguntó con aire de triunfo si no había tenido razon para decirle siempre que José era el mejor de todos los hijos.

Efectivamente, José enternecido al ver aquella miseria, declaró á su padre y á su hermana que sin tardanza queria arrancarlos de aquel estado, y que mientras permaneciera en Inglaterra, podían disponer de su casa y de todo cuanto poseía. Amelia hacia divinamente los honores de la mesa, hasta el momento en que fuese por su propia cuenta dueña de casa.

Al oír estas palabras, la infeliz mujer dejó caer tristemente su cabeza sobre el pecho y en seguida comenzó á llorar abundantemente; había adivinado muy bien el sentido oculto de estas palabras.

En la misma noche de la visita del mayor, habló largamente del asunto con su jóven amiga miss Polly, quien por su parte la hizo un descubrimiento: la contó el estremecimiento, el movimiento de júbilo que vendieron á Dobbin cuando al pasar á su lado M. Binney con su esposa, reconoció que no tenia ya que temer á aquel rival.

— ¡Ay! exclamó la jóven, sus ojos no se apartaron de vos un solo instante, y creo que si ha encanecido, ha sido á fuerza de pensar en vos.

Amelia alzó entonces la vista para mirar los retratos de su marido y de su hijo que estaban colgados á la cabecera de su cama; y luego ordenó á miss Polly que jamás la hablara de cosas semejantes.

El mayor Dobbin había sido el amigo íntimo de su marido, su afectuoso protector y el de su hijo; le amaba como un hermano; pero una mujer que había alcanzado la felicidad de tener un esposo como el suyo, no podia pensar en contraer un nuevo matrimonio.

Y al decir esto sus ojos no se apartaban del retrato.

Amelia instruida de la pasión del mayor, no experimentaba hácia él aversión ni desden; ¿qué mujer habría podido enfadarse con el amor de un corazón tan leal y tan sincero? Sin fomentar su pasión, Amelia le tenia la estimación y la amistad de que era tan merecedor, y mientras encerrase en sí sus sentimientos de ternura, ella le recibiría franca y cordialmente; pero si llegaba á hacerla proposiciones, entonces tomaría la palabra para cortar esperanzas que jamás debían llegar á ser una realidad.

Aquella noche despues de su conversacion con miss Polly, se durmió con un sueño mas profundo. Experimentaba una alegría de que no había disfrutado hacia mucho tiempo.

— Mucho me alegro, se decía, que no se haya casado con miss O'Doow. La hermana del coronel O'Doow carece de la delicadeza de sentimientos que debe poseer la mujer del mayor William.

Pero entre las mujeres que conocia, ¿cuál habría convenido al mayor?... Mistress Osborne antes de dormirse no pudo descubrir ninguna.

José se hallaba tan bien instalado en la fonda de Slaughter, que no se había movido de ella sin las vivas instancias del mayor; pero nuestro digno amigo prometió no dejarle en paz hasta que no se hubiese llevado en su compañía á Amelia y á su padre.

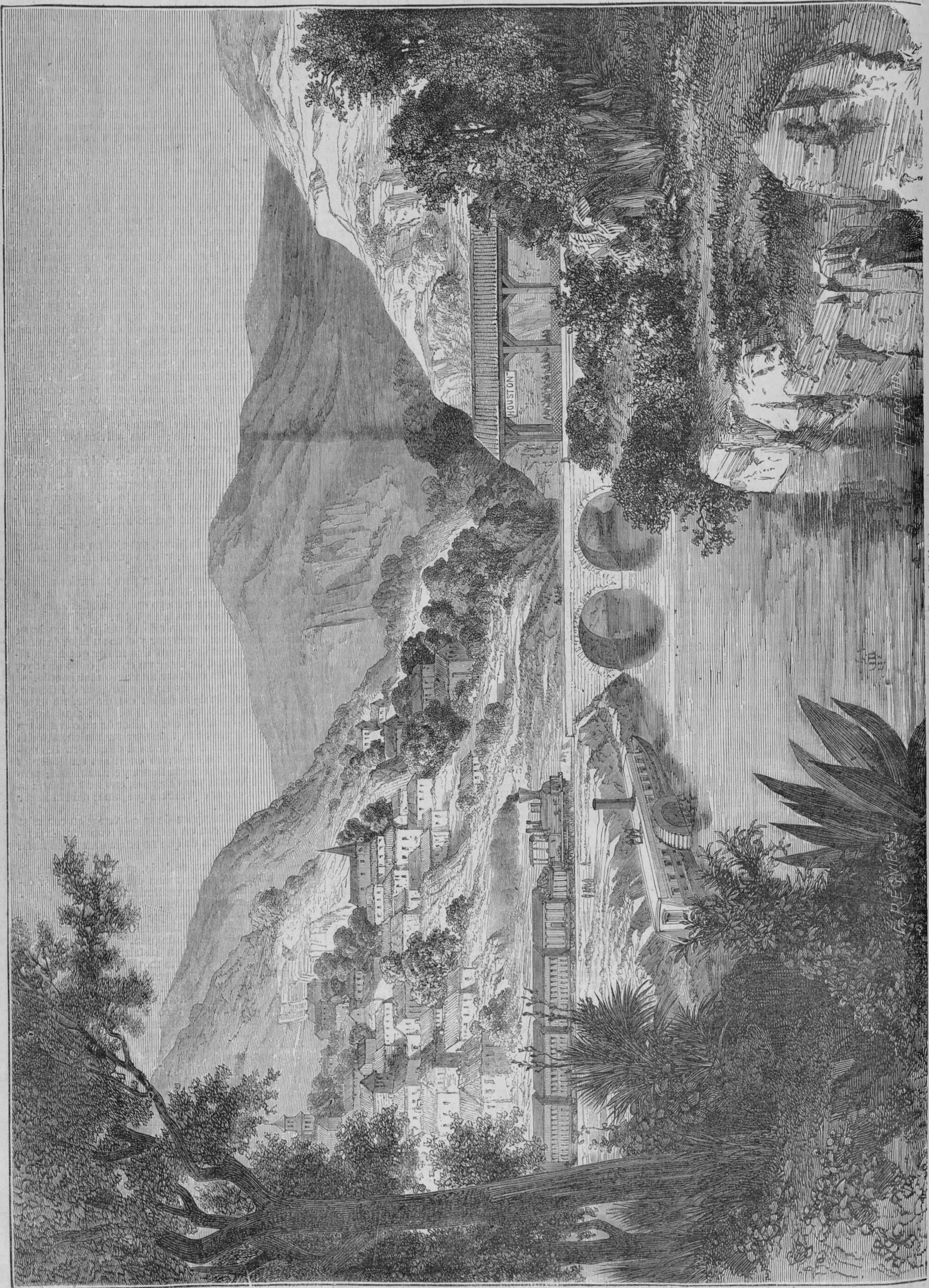
Así pues, al cabo de poco tiempo de la llegada de José á Londres, tuvo lugar una escena muy tierna en la humilde morada donde los Sedley habían pasado diez años de su vida. El carruaje de José fué á buscar una mañana al viejo Sedley y á su hija para no volverlos á llevar á semejante casa. Las lágrimas que los dueños de la humilde vivienda vertieron en esta ocasión fueron muy sinceras.

(Se continuará.)

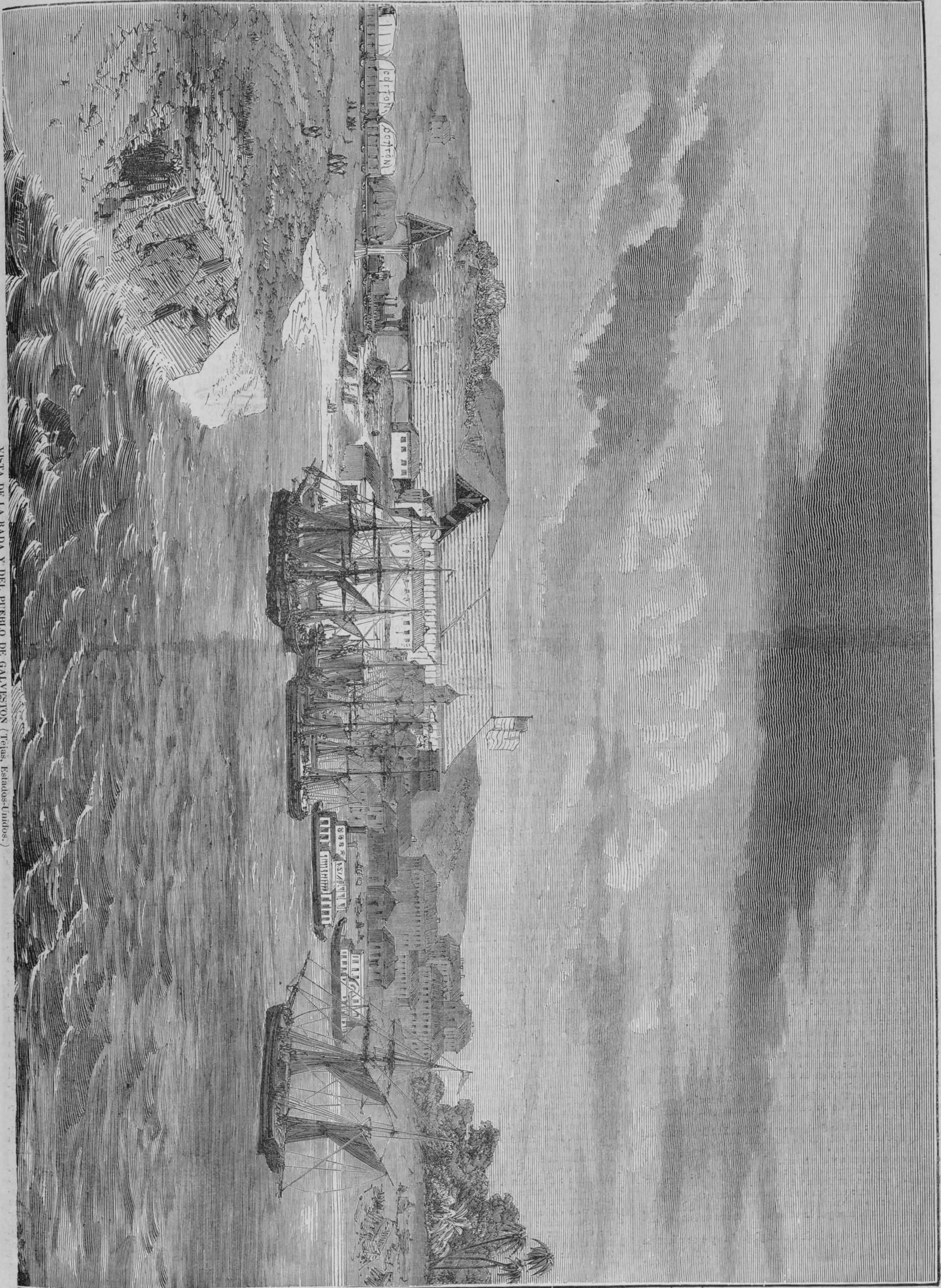
Vista del pueblo de Houston (Tejas).

(ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.)

El pueblo de Houston se halla situado á 44 millas de la costa, y en el límite navegable del río «Buffalo»; es el gran mercado de Tejas. Hacia sus muros desembocan todos los ferro-carriles concedidos en el Estado; su importancia ha crecido extraordinariamente desde la inauguración de la vía férrea que le pone en comunicación con el puerto de Galveston. El tráfico que se hace ahí en algodón, azúcar y cerea es considerable; sus intermediaciones son muy admiradas por los viajeros que visitan el valle delicioso de Buffalo.



VISTA DE HOUSTON (Tejas, Estados- Unidos.)



VISTA DE LA RADA Y DEL PUERTO DE GALVESTON (Tejas, Estados Unidos.)

Vista de la rada y del pueblo de Galveston (Tejas).

(ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA).

El pueblo de Galveston se halla situado á la extremidad Este de la isla del mismo nombre, en medio de una rada magnífica frecuentada por muchos buques; es en el fondo del golfo de México, el punto de reunión de todos los navegantes, de todas las expediciones comerciales de Tejas. El desarrollo de la fortuna pública en esa parte de los Estados Unidos ha sobrepujado todas las previsiones. Resulta del exámen de los registros de aduanas, que en el puerto de Galveston entraron en 1858, 333 buques.

La isla de Galveston solo se halla separada de la tierra firme por una bahía de una extensión de dos millas. Dentro de poco habrá desaparecido este obstáculo. La municipalidad ha mandado construir un puente que irá al camino de hierro que debe poner á Galveston en comunicacion con Houston. Las magníficas praderas que separan estos dos puntos están surcadas ya desde octubre último por los trenes del camino de hierro.

G. M.

LEYENDAS AMERICANAS

ANACAONA

REINA DE XARAGUA.

(Continuacion.)

En la mano llevaba el dardo envenenado con la ponzoña de la serpiente, y en las espaldas treinta flechas con las puntas impregnadas en guao (1) y manzanillo, y con el jugo de las yerbas mortíferas del Yuna (2).

La noche estaba vestida de estrellas: el silencio y la quietud me acompañaban; pero el aire me pesaba en el corazón: en mis pisadas se descubría la gravedad de mi empresa; los caciques de la montaña, al verme cruzar los torrentes empuñando mi arco de guerra, se estremecieron... ¡La reina! gritó Guarocaya (3), capitán de mis guerreros. ¡Caciques, á las armas! respondió desde las hendiduras de las sierras donde estaba escondido el fiero Umatex (4), jefe de los flecheros Ciguayos (5).

No había llegado á la cúspide de la montaña cuando me encontré rodeada de mis caciques; como se reúnen las aves del cielo al graznido del que las enseña el camino de los aires, para trasmigrar á remotas riberas en las estaciones frías, así llegaron á mi encuentro mis valientes capitanes; su aspecto era sombrío como la tormenta: se adelantaban silenciosos á mi redor, como envuelven y cercan las nubes oscuras á la brillante luna; corpulentos como los cedros (6), movían sus cabezas coronadas de plumas oscuras como sus tenebrosos pensamientos, y parecían un bosque de palmeras levantado por la mano de Dios en medio de la sabana (7).

«¿Adónde vas con tu dolor; oh reina! sola, en medio de las sombras, y con el dardo venenoso en la potente mano?» me preguntó Mayabonex (8), capitán de los guerreros de Cibao, desde la entreabierta roca, en que vigilaba el movimiento del enemigo. «A la cumbre del Xaragua, donde revienta el Nisao (9),» contesté sin detener el pie sobre las escarpadas piedras, donde nunca se había fijado la planta del hombre. Trescientos caciques seguían atónitos mi camino: presurosa como el vuelo del Guaragua (10), atravesé la Cuesta Rasa, siguiendo las orillas del Pani (11), y llegué

(1) Guao y manzanillo: son unos árboles bajos y coposos, se cargan mucho de unas frutillas como cerezas, matizadas de rojo; pero son ponzoñosas como el mismo árbol: no puede dormirse bajo este árbol sin sentir su maléfico veneno, el cual produce la hinchazón completa de todas las partes del cuerpo: su jugo abrasa, y la leña quemada atonta la cabeza: produce los mismos efectos el guao, cuya hoja es mas redonda y de un negro mas oscuro: de estos árboles envenenaban las flechas los indios caribes.

(2) Yuna: río de los mas poderosos de la isla; pasa por la villa de Bonaó y va á entrar en el mar por la parte del Norte; sus orillas estaban cubiertas de árboles y flores, y despues de la conquista, de ricos heredamientos.

(3) Guarocaya: sobrino de Anacaona y capitán de sus guerreros: se levantó en la sierra de Bonaó despues de su muerte, y fué ahorcado.

(4) Umatex: capitán de los guerreros de Caonabo, era vizo, y la ferocidad de su semblante era tan grande como el valor de su corazón.

(5) Ciguayos: indios flecheros que habitaban las costas del Norte de la isla del señorío de Caonabo.

(6) Cedros: árboles corpulentos que dan suavísimo olor, y de una copa poblada y sombría.

(7) Sabanas: lugares donde no crecían árboles: están cubiertos de yerba amarillenta y espigada.

(8) Mayabonex: capitán de las tropas del rey Guarionex.

(9) Nisao: río que revienta en las altas sierras de Xaragua, y que entra en el mar por la costa del Sur, sus orillas son fertilísimas.

(10) Guaragua: especie de águila pequeña que se alimenta de reptiles y pájaros.

(11) El río que hay entre aquellas sierras, del Xaragua que se dice PANI, lo siguió Pedro de Lumbreras, marchando luego por la CUESTA RASA que llaman, que está de la parte que he

serena á la roca donde se divide en cuatro torrentes el caudaloso río.

Allí mis capitanes se detuvieron estremecidos: yo ví erizarse sus cabellos. De aquella márgen nadie pasó nunca. Las aguas sagradas del Pani iban corriendo silenciosamente en el trascurso de las edades: ninguno había osado llegar á la misteriosa fuente donde nacían; porque la voluntad de Vagoniona así lo había dispuesto desde la creacion de la tierra. En la alta cúspide del Nisao, sin ser rizadas por la brisa, ni movidas por las tempestades, ni enturbiadas por las lluvias del cielo, ni tibias por el calor del sol, cristalinas reposaban las aguas del lago de la muerte. Todo el que en ellas se miraba, al apartar su imágen del espejo de sus ondas, allí moría, y s lo vivió en su orilla, bajo las selvas antiguas como la luz, el butio (1) Biautex, cacique de los sacerdotes, que sabía los secretos del cielo.

En las riberas del Pani dejé las cibas de mi cuello: los caciques inclinaron las cabezas, rodeándola con la punta de sus flechas, y como el pez me sumergí en las cristalinas ondas: luché con su impetuosa furia, y al poco tiempo saltaba como la garza del mar en las orillas opuestas: un ruido espantoso aturdió mis oídos. Quiso estremecerse el corazón; pero yo era de la raza de los reyes de Haití, y seguí mi camino.

Acabé de cruzar la Cuesta Rasa; trepé como el mohuy (2) por las escarpadas sierras; abajo de mis piés rodaban arrancadas por el peso del cuerpo las desnudas rocas que con espantoso ruido caían retumbando en el profundo precipicio que se abría á mis ojos; cada paso era un nuevo peligro; pero mi cabeza no se desvaneció, atravesando de sierra en sierra, por carcomidos troncos, y saltando de precipicio en precipicio, mas ligera que las águilas blancas, y serena como la luna... había nacido de los reyes hijos del sol, y mi sangre descendía de la extirpe de Vagoniona. Y por eso sonreí al borde del abismo, mientras los vientos desordenaban mis cabellos, y el ruido espantoso de millones de truenos aturdió mi cabeza, que echaba chispas, conmovida por la agitacion.

II.

Por fin llegué á la cumbre del Xaragua y á las márgenes de la sagrada laguna de la muerte; el aire me ahogaba, y el confuso rumor de voces inmortales, de hombres y de fieras, y de truenos y de tempestades desencadenadas, no detuvo mis pasos, ni espantó mi corazón... «Cacique Biautex,» grité con la voz clara como la luz, y sonora como el canto del ruiseñor en medio de la noche callada...

Por algunos momentos no escuché mas que el ruido atronador de la laguna: despues hirió mis oídos el silbido de la culebra, y mas tarde de las espesas guazumas (3) saltó el anciano cacique: su cabeza era blanca como la espuma del mar, la frente espaciosa, dividida por una profunda cicatriz: sus ojos, ardientes y colorados como fuego: sumidas las sienes, secas las mejillas, huesosos y desarrollados los membrados hombros, de los que pendían tres hicos (4) de dientes de caribes muertos con su propia macana (5): en la diestra llevaba el hacha (6) cortadora del sacrificio, y en la

diestra del Noroeste; é llegó muy cansado é desmayado quasi á la sumidad é mas alta parte de las cumbres, é descansó allí un poco, no dexando de se encomendar á Dios, segund el mucho espanto que avia tomado del estruendo que andaba en lo alto. E porfió por subir arriba, y llegó hasta en fin de todo lo que se pudo subir, por un camino muy dificultoso, é que con mucho trabajo se pudo andar; y llegado allá, vido una laguna que á su parescer dice que sería de tres tiros de ballesta en luengo ó longitud, é tenía de ancho la tertia parte de lo que he dicho. Y estubo mirando este lago tanto espacio quanto se podrian decir tres credos. Dice Pedro de Lumbreras que era tanto el ruydo y estruendo que oia, que él estaba muy espantado, é que le parecia que no era aquel estruendo de voces humanas, ni sabia entender que animales ó fieras pudiesen hacer aquel horrible sonido. En fin, que como estaba solo, y espantado, se tornó sin ver otra cosa. (Libro III, cap. V. *Historia general y natural de las Indias.*)

(1) Y en la página 66 del mismo cap. V, dice: «Otros christianos fueron á aquellas sierras altas de Xaragua, donde nasce el río Nisao, en especial adonde vivía el cacique Biautex, que estaba al pié de la sierra mas alta: hasta el qual cacique ó asiento hay desde aquesta cibdad de Santo Domingo quince ó diez y seys leguas, é por aquella parte no se puede subir á la dicha sierra, porque está allí tan áspera y derecha que no es posible subir arriba.» En todo el país hace frío, y por las cumbres es tan grande el rumor, que en los tiempos de la conquista fueron visitadas de muy pocos españoles y casi de ningún indio.

(2) Mohuy: animal de cuatro patas: era de la misma forma del quequis, mas pequeño y de color mas claro, de pelo recio y erizado, lo comían como muy delicado manjar.

(3) Guazumas: árbol que echa una fruta como moras, del que hacen un brebaje, con el que engordan mucho.

(4) Hicos: llamaban á unos hilos hechos de filamentos de maguey, coco heniquen, yagua y algodón.

(5) Macanas: unas especies de porras, hechas de ácana, de palma y de cerbana, que era una madera durísima; tenían de ancho tres dedos: de la altura del hombre y con dos filos agudos: en el extremo de la macana tenía una manija, y usaban de ella á dos manos como de hacha de armas.

(6) Hacha: un instrumento de piedra, tan cortante como el acero, el cual incrustaban en una rama de majagua, adornándolo y haciéndolo mas terrible con dientes de caimanes y espinas de peces.

izquierda la punta afilada... al llegar á mí sus pupilas se dilataron, abriendo la boca, cerrada por el furor, enseñó sus dientes puntiagudos y blancos como la flor de la papaya (1). «Butio, escucha á la reina Anacaona,» exclamé, y mi corazón se desvaneció ante la sagrada majestad del jefe de los sacerdotes. «Habla,» me respondió el anciano conmovido por el salvaje asombro que le agitaba, y nublado el semblante, como cuando caen las sombras sobre el tranquilo cielo de la tarde.

«El extranjero, le dije, con pérfida crueldad ha arrancado de nuestras playas á Caonabo, el valiente guerrero de Cibiquein, que libertó la patria del azote de los caribes; que domó las tribus de los flecheros ciguayos, adorándolo luego, porque era invencible, y grande y generoso como la luz del sol que derrama la claridad y la primavera por toda la tierra. La raza de Guacanajari ha desaparecido con la tribu de Marien, que ocupaba las orillas del mar del Norte. Bohechio está expirando de dolor en la hamaca de los reyes, y los butios muy pronto separarán del cuello la invencible cabeza, que juntó las tribus de las ásperas montañas y de las fértiles llanuras del Xaragua para enseñarlas á luchar, conduciéndolas aguerridas y poderosas á los combates...

Guarionex, afligido por el terror, oculta sus catorce tribus en la espesura de las montañas, y Gayacoa, como la serpiente, encierra sus caciques, atemorizados en las profundidades de las cuevas de Amayauna (2) y Cazibaxagua y en las encrucijadas húmedas y desconocidas. El enemigo es cada vez mas fiero, su crueldad no es de nacidos... nosotros, reyes, pagamos tributo como esclavos, y yo misma llevo en el cuello la señal del oprobio... (3). Las tribus enteras desaparecen; no hay patria, no hay altares, no hay sacerdotes; tú solo vives tranquilo, poderoso butio... ¿y alumbrá el sol tan sangrienta desventura, sin llover rayos de fuego sobre la tierra de nuestros abuelos? Consulta, anciano, á los dioses del cielo, á los espíritus de la tierra, al ángel de la luz, al de la muerte, y dime la voluntad del Tzmes... »

Biautex inclinó la cabeza: sus mejillas se inundaron de lágrimas: los gemidos ahogaron aquella alma grande que paseaba sus ojos lucubradores por el desierto espacio de la eternidad: luego fijó la vista en el Tzmes de azul y rojo, que cuando niño grabó con sus propias manos en el lado donde latía mi tierno corazón. «Cacica, me dijo, en la noche oscura de los tiempos, está escrito con letras de fuego el destino de los reyes de Haití: su raza va á desaparecer; no olvidará la mano del sacerdote el echar un nudo mas en el quipo (4) de los siglos... El extranjero destruirá las generaciones presentes; el arreo de nuestros abuelos bajará contigo á la tumba. Nadie sabrá el origen de nuestros dioses, ni de tu raza, generosa y grande, y tan antigua como la luna, y como el sol... La casta de los blancos poblará tus campiñas, regando con la sangre de las tribus tus verdes y risueñas colinas de Haití. Mas tarde, ellos perecerán al filo de la espada de otra raza negra que traerán esclavizada, de las orillas apartadísimas donde tuvo principio la tierra: sus lágrimas no ablandarán la justicia del cielo, y á sus manos morirán... Esa raza abatida entre cadenas, envendrará de nuevo el color amarillo de las generaciones de Haití, y brillará el sol de la libertad, y entonces se levantará de la tumba la extirpe de Vagoniona, y la generacion de los reyes descendientes del sol y de la luna poblará la tierra de tus padres... has escuchado tu destino, ahora es necesario saber morir como reina... »

Crucé los brazos sobre el pecho, y frunciendo las cejas ceñuda, como el pájaro nocturno, quería llegar con la mirada al corazón del butio: «¡pobre reina, me dijo, acércate á la laguna donde la muerte ha dormido por muchos años; baña en sus aguas tu frente, abrasada por la desesperacion, y encierra en tus entrañas los secretos impenetrables y misteriosos del destino:» me arrodillé á sus piés: besó mis sienes, ungió mis miembros fatigados con el zumo balsámico del Hobo (5); me

(1) Papaya: árbol que arroja unas flores blancas como la nieve, las cuales caen para dejar su plaza al fruto amarillo como el oro, encerrado en una corteza verde y muy delicada, la cual no puede sostenerlo unido al árbol, en llegando al estado de madurez; es de gusto muy suave, dulce y aromático.

(2) Amayauna y Cazibaxagua: cuevas donde vivieron encerrados los hombres de Haití al principio del mundo.

(3) Bobadilla y Obando hicieron colgar á cada indio tributario una plancha de cobre en el pecho, en la cual llevaban señalado el tributo que debían pagar, y el que habían satisfecho.

(4) Llamaban así los mazos de hilos que guardaban los butios, en los cuales, por medio de nudos, señalaban los grandes sucesos que formaban su historia; estos hilos eran de varios colores: y la forma y cantidad de los nudos eran para ellos motivos de inteligencia tan claros, como para los europeos el significado de las letras.

(5) Arbol corpulento y frondoso: su fruta es como la ciruela, de color amarillo; la cáscara la cocían para con ella bañarse, quitándose el cansancio; bajo este árbol dormían, y á su sombra se disipaban los males nerviosos que producían la postracion. Cuando les faltaba á los indios agua en medio de los campos, escarbaban las raíces de este árbol, las cortaban, y levantándolas, puestas en la boca les daba el agua casi á

dió Aniguamar (1) para apagar el hambre y la amargura que me consumía, y coronando mi cabeza de flores de Penebezenuc (2), me acompañó hasta las orillas del Pani...

Al verme llegar, mis guerreros doblaron la rodilla: el butio tendió sus manos sobre mi cabeza, y arrojándome luego á las ondas del Pani, silenciosa y taciturna, llegué donde estaban mis capitanes: fijaban en mi sus miradas escudriñadoras; pero nadie rompía el silencio: el misterio de mi corazón era sagrado para mis guerreros: Guaorocaya colocó sobre mi cuello las sagradas cibas que guardaron en mi ausencia, y que para profanarlas hubieran sido necesarias todas las feroces tribus de los caribes.

Durante la noche bajé las sierras: al salir el sol entraba en mi palacio de Xaragua. «Caciques, les dije al pisar los umbrales, á Mayabonex, Guaorocaya y Umatax, cuando caiga la tarde, estad con las tribus de guerreros en las orillas de Bonao: y con vosotros, mis hermanos los reyes Guarionex y Gayacoa.» Y como el aire esparce el monton de hojas oreadas por el calor del sol del Mediodia, así se dispersaron por la llanura los caciques de Haiti.

El sueño no es necesario para los desgraciados: los que son felices gozan esta apacible tregua para hallar cada vez mas nuevo el placer de la vida... Los que tienen el espíritu cansado de angustia y están sumergidos en viudedad continua; los que con el alma, esclava de la osamenta y de la arcillosa materia, tienen que sufrir la argolla de la esclavitud, y viven y sonrien, y pueden cerrar los ojos al sueño, dignos son de la suerte que les depara el destino... Yo no necesitaba reposo: la fiebre de venganza entretenía el pensamiento y las fatigas de mi cuerpo, y vivía sin cerrar los ojos, que no hallaban dónde fijarse, hastiados en la noche eterna de mis horas infelices.

Me senté en el buho (3) de los caciques y dejé quieto el dardo, que desde la caída de la tarde empuñaba la mano agitada por la fiebre, sin hallar un corazón donde clavarlo: apoyé la frente sobre las manos, meditando en mi destino y en la suerte que el cielo reservaba á mis pueblos: el alma quería salirse del cuerpo hecha pedazos. — La mañana principió á lucir en el horizonte, mientras en mi entendimiento la noche de la muerte comenzaba á desplegar sus sombras: sentía la flecha punzadora del dolor que me atravesaba las fibras de las entrañas, y en tanto... ¡qué hermosa, Dios mio, vino la luz, y con qué fresca celestial la saludaron las fértiles colinas y las claras corrientes del Xaragua! ¡Ay! los que alguna vez, melancólicos y silenciosos pensando en Dios, sentís una lágrima, que desesperada salta del corazón, inundando vuestros ojos apesadumbrados, ¡cómo comprendereis el olor del dolor mio!!!...

No pude contener el raudal de llanto que me ahogaba, al ver lucir aquella claridad tan bendecida que se derramaba por el mundo entre torrentes de fuego: adiós, le dije al cielo azul de mis abuelos: adiós á las verdes crestas del Cauta, del Xaragua y del Cibao: adiós le dije al Ozama (4) caudaloso, al Neira cristalino, al Juna coronado de flores, y al Cotuy, en cuyas márgenes azules se recostaban las ondas sobre arenas finisimas de oro: adiós le dije al Janico, en cuyas agrestes y misteriosas orillas oí la dulce voz de mi padre en las tardes deliciosas de la primavera: adiós le dije á las palmas coronadas de su fruto delicado: adiós á los

chorros para saciar completamente la sed; este árbol está la mayor parte del año sin hojas de las cuales se viste en la primavera.

(1) Aniguamar: raíz la mas delicada y dulce, de la clase de la patata, pertenecía á la familia de los ajos, la cual se componía de las especies que llaman atibiuneix, guaracas, guaracayas y guanenagax: las comían cocidas, asadas, en potajes ó en conservas, de todos modos menos crudas.

(2) Penebezenuc: es una yerba maravillosa, que abunda en los montes de la isla; sus hojas son anchas, agudas y sutiles, de color verde y la punta morada, echa unos ramos de flores coloradas como el coral y juititas; su fruto son unas uvas como las de la yerba mcra: crece á la altura del hombre, y á veces engruesa tanto como el brazo: con el cocimiento de sus hojas lavan las llagas inveteradas, luego le aplican el zumo de los tallos frescos que han majado entre piedras, y al cabo de pocas curaciones todas las llagas desaparecen. — Obiedo.

(3) Buho: el banco donde se sentaban para entregarse á sus ruegos: en él tenían entalladas las figuras de los Tzmes.

(4) Ozama y el Neira, son dos rios que atraviesan la isla de un punto al otro; el Ozama entra en el mar por la parte del Mediodia, cruzando la ciudad de Santo Domingo, y viniendo del Norte, de donde nace, uniéndose una legua antes de la ciudad con el gran rio la Isabela, que viene del Noreste: mucho espacio antes de llegar al mar, su fondo es de mas de cuatro brazas: el Neira nace en el Norte y entra en el mar por el Sur, pasa junto á la villa de San Juan de Maguana, tiene dos millas de anchura en su salida, que es rigurosa y veloz; en este rio se pesca el manatí.

jarumas (1), á las xaguas (2), á los copeyes (3), á las majaguas (4), á las caobas, á los guaçonaxés (5), macaguas (6) y guayacanes, que rodeaban de sombra el palacio de los reyes: adiós le dije, inundada en tierno lloro, al ruiseñor melancólico, al zinzonte trinador, al tomegin ligero, á la tórtola quejumbrosa y apacible y al tócororo (7) cubierto de plumas de esmeralda, y al carpintero color de fuego, y á los ramos de curia (8), y á las yerbas y á las flores, porque yo amaba con la ternura indecible del alma cariñosa, cuanto tenía vida y color y movimiento, y voz y alma en el suelo bendito de mi tierra adorada de Haiti...

Las palabras del cacique Biantex resonaban sin cesar en mis oídos: las horas aumentaban mi desasosiego; todo acababa para mí, y me pareció que mis ojos veían por última vez la tierra de mis padres: sabía ya mi destino, sin conocer el tiempo en que debiera cerrar para siempre los ojos á la luz...

El sol habia dejado su lecho de color de rosa y se levantaba de los mares, sereno, majestuoso y grande, con la justicia igualadora con que alienta y vivifica las altas cumbres y las menudas arenas, los árboles que orgullosos se subliman y las yerbas humildes que avergonzadas no levantan sus ramitos de la superficie de la tierra: su luz vivificadora confortaba el corazón de los fuertes y el espíritu temeroso de los pacíficos; la cabeza de la ancianidad y la frente serena de la juventud, porque su vida se repartía para todos, sin la miseria y la desigual desproporcion con que dispone sus obras el corazón avaricioso y enterno de la orgullosa humanidad.

Consideraba su grandeza, abrumada de pesadumbre, cuando oí una voz lejana que decía: «Yo te saludo, Señor del cielo y de la tierra: tu luz llena de gloria cuanto vive; los rios, los árboles, los pájaros y las flores, te bendicen con su armonia silvestre. Mi corazón te saluda tambien; pero está melancólico: ¿porqué con mi voz no te canta el amor de mis amores, el alma del alma mia?... Su espíritu es puro como tus rayos; su amor como el amor de mi madre: alumbrá su camino, dále aliento á la sonrisa angelical de sus labios, y paz y alegría á su tierno corazón...» La voz que cantaba era la voz de mi hija: precipitada me levanté del buho; la busqué entre los espesos árboles: la virgen estaba al pié de los tamarindos, anegada en lágrimas: «madre,» gritó al divisarme llena de ternura: «hija,» le respondí mirando sus mejillas, pálidas y húmedas de lloro: «madre, tu dolor es infinito,» me dijo la virgen: «hija, tu corazón está lleno de angustia,» le respondí: entonces se arrojó entre mis brazos, y cubriéndome de besos, ambas abrimos las fuentes del corazón, que estaban cerradas y rebosando lágrimas de amargura.

«Yo amo, madre, con todo el amor de mis entrañas,» volvió á decirme temblorosa Higuamamota: la oí pensativa y fijé en su frente la mirada de mis ojos de madre, que llegaban hasta la profundidad de su angustiado corazón... La virgen dejó caer la cabeza sobre el pecho: ¡pobre hija de mi alma!... ella no se habia apartado nunca del calor de mi seno: yo habia velado sus

(1) Jarumas: árbol corpulento, de grandes y trepadas hojas, mayores que las de la higuera de España: echa una fruta larga como un dedo de la mano y es muy dulce: majaban los cogollos, y con la sustancia que producian curaban tambien las llagas del cuerpo: las hojas por un lado son de color verde claro y por el otro casi blancas.

(2) Xagua: árbol corpulento, alto y derecho, su madera es mas pesada que la del Fresno, de sus ramas hacian lanzas; su fruta es del tamaño de las adormideras, tiene buen gusto, y se extrae de ella un agua muy clara, con la cual se untaban las piernas y el cuerpo cuando se sentían cansados: tiene la facultad de apretar las carnes, y las deja teñidas de negro por espacio de muchos dias: cuando van á la guerra se pintan con esta agua, quedando del color del azabache.

(3) Copeyes: árbol grande de buena madera, en cuyas hojas trazaban sus signos y marcas: los españoles, en los primeros dias de la conquista, sobre ellas escribían con un punzon como si fuera sobre el papel.

(4) Majagua: árbol gigantesco; su hoja es verde y fresca, de anchísima copa; la fruta es como la aceituna, pequeña, y del sabor de las cerezas.

(5) Guaçonax: un árbol del grandor del peral: su hoja, como la del granado, y mas delgada: su tronco á la vista parece seco; pero la verdura de sus hojas revela su vida: no se encopa, sino que suben derechas sus ramas; al fuego, alumbrá como la tea; pescan de noche con tizones de esta leña; cocidos los pedazos de la madera de este árbol en una cantidad de agua, produce una especie de aceite que restaña incontinenti la sangre y cura las heridas del arma blanca, quitando el dolor; cura tambien los humores frios; es uno de los árboles mas extraordinarios para bien de la humanidad.

(6) Macagua, árbol frutal: el guayacán es corpulento, la corteza la tiene manchada de verde y pardo, la hoja es parecida al madroño, pero menor y mas verde; echa una frutilla amarilla como el altramuz, su madera es fuerte y tiene negro el corazón; hacen cocimientos de su madera, con el cual se curan las bubas y las llagas antiguas y grandes.

(7) Pájaro lindísimo de color verde tornasolado: en la cabeza y bajo el pico es colorado, azul mas oscuro y blanco.

(8) Curia: olorosa y excelente yerba, es muy fresca, nace apretada en tierra: echa racimos de flores moradas muy pequeñas y lindas: simboliza el amor: su olor es como de trébol, de ellas hacian un brebaje que despertaba las sensaciones y animaba al amor: con ella se lavaban las espaldas: su olor ahuyentaba toda especie de insectos.

sonrisas, sus sueños, sus juegos de niña y sus oraciones: en el areito (1), mi mano llevó su mano de ángel, y mi voz enseñaba su voz armoniosa como el canto del ruiseñor; pero hasta entonces no habia visto el veneno que emponzoñaba hora tras hora sus dias inocentes. «¿A quién amas le pregunté aturdida, aguardando oír de sus labios mi última fatalidad?» «A aquel extranjero,» me contestó llena de candor, tendiendo su mano hácia la espesura de la arboleda, por donde venia un guerrero cubierto de hierro y armado para los combates (2).

Iba á maldecirla, cuando sentí la voz de mi destino que me gritaba: «muy pronto vas á morir, Anacaona, y tu raza se acabará por una eternidad...» Fijé los ojos en Guevara, que venia silencioso. «Bendita seas, Higuamamota, le dijo, linda y pura como la estrella de la mañana: el cielo corone tus ojos con flores purísimas y enjague las lágrimas de tu pobre madre.» La virgen le tendió la mano y me trajo al guerrero. Con la inocencia de un ángel y los ojos inundados de ternura, «madre, me dijo descolorida y trémula, le amo con todo mi corazón, le adoro.» «Tambien la amo; reina Anacaona, añadió el guerrero, y no me separaré de ella hasta bajar al sepulcro: yo la enseñaré á bendecir á Dios, y sembraré su camino de placeres y de felicidad.» Su voz era buena y no me angustiaba... pero oí la maldicion de Caonabo que me llamaba desde la profundidad de los mares; ví ante mis ojos su sombra empapada en sangre pidiéndome venganza, y se erizaron mis cabellos... pero mi hija y el guerrero cayeron á mis piés de rodillas... yo era madre... El destino me repelia á cada momento que llegaba mi última hora marcada por el ángel... y ahogando el odio del alma, cerrando los angustiados ojos á la venganza fiera, coroné de flores sus cabezas, uniendo para todos los dias de la vida sus inocentes manos... El guerrero besó mi frente, conmovido de amor y gratitud, desapareciendo entre los árboles: la virgen, llena de alegría, me acompañó á la cueva que encerraba mis armas, y allí me entregué á mis lúgubres pensamientos.

IV.

Me cubrí la frente con la corona de los reyes: adorné el cuello con los sagrados guaninos y las cibas; teñí mis párpados de azeche, y despues de frotar con hojas de boho el cuerpo, barnicé mis brazos con el zumo de la xagua: colgué en mis espaldas las flechas envenenadas con el guao y el manzanillo; de mi cintura, prendí el güiro de higuero (3) con el zumo de guaçonax, y mi mano blandía el dardo agudo, envenenado en la sangre de las serpientes del Guaninra. Higuamamota me contemplaba aturdida, y yo, viendo la ternura y el sobresalto de sus cariñosos ojos, encerraba en lo profundo del pecho el dolor amargo y la agitada pesadumbre del que viste sus armas de guerra para ir á la muerte segura, y que ve por última vez las prendas benditas y adoradas del corazón.

Así armada entré en la sala de los caciques: Bohechio habia expirado, sus mujeres derramaban lágrimas alrededor del lecho mortuorio: no habia sacrificador que cortara su cabeza; no retumbaba el tambor sagrado en su recinto; no se repartía el Xauxau (4) entre los guerreros; no acompañaban su soledad funeraria butios, ni sabios, ni mas que débiles criaturas: ¿era aquel el cadáver del señor de las valientes tribus de Xaragua?...

(1) Areito: especie de canto, en romance, que era la descripción de los sucesos que pasaron: al acontecer el hecho, los sabios lo enseñaban á las vírgenes: el asunto se cantaba por algunos dias consecutivos, quedaba en la memoria de las vírgenes, y luego de butios en butios, y de vírgenes en vírgenes, formaba la historia de la patria y de las grandes acciones de sus hijos.

(2) Este fué Hernando de Guevara, jóven de distinguida familia, de buenas maneras y de gentil tallo, valiente, generoso, libertino, revolucionario e inquieto. Colon lo desterraba de la isla, mandándolo á España; pero no llegó á tiempo de embarcarse en las naves de Ojeda y se quedó en Cahay, pueblo cercano á Xaragua. Visitó con frecuencia la casa de Anacaona, ganando el corazón de su hija Higuamamota, que segun los historiadores, era un prodigio de hermosura. — Obiedo.

(3) Higuero: es un árbol del tamaño del moral de Castilla: da por frutas unas especies de calabazas llamadas güiros, redondas ó alargadas, donde cabian tres ó cuatro azumbres de agua: estas, aserradas por el medio, las labraban y pulian perfectamente; las adornaban de colores y conchas de oro, y las llamaban jicaras, en las cuales servían sus comidas y bebían sus brebajes y bálsamos: tambien usaban de tazas hechas de coco, al que daban un pulimento fino y del color del azabache.

(4) Xauxau: era el pan blanco y muy fino que extraían de una raíz llamada ipatex, ducanan, nubaja, tubaja ó coro, que eran sus especies; la rayaban sobre dos piedras, despues la pasaban por un tamiz, extrayéndole con el agua la sustancia harinosa, que luego se posaba en el fondo de la jicara, en que exprimían las rayaduras del ipatex. El agua verduosa que extraían de las rayaduras era un veneno sumísimo. Las rayaduras de que habian sacado la sustancia harinosa, la colocaban amasada y como pasta de pan sobre unas piedras que llamaban buren, que es una especie de plancha de barro cocido, de dos dedos de espesor, bajo las cuales ponían fuego, y de esta manera hacian las tortas que llamaban cazabis, tan sustanciosas y buenas, que muchas veces socorrieron el hambre de los conquistadores.

(Se continuará.)

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

Esculturas de la iglesia de Souillac (Francia).

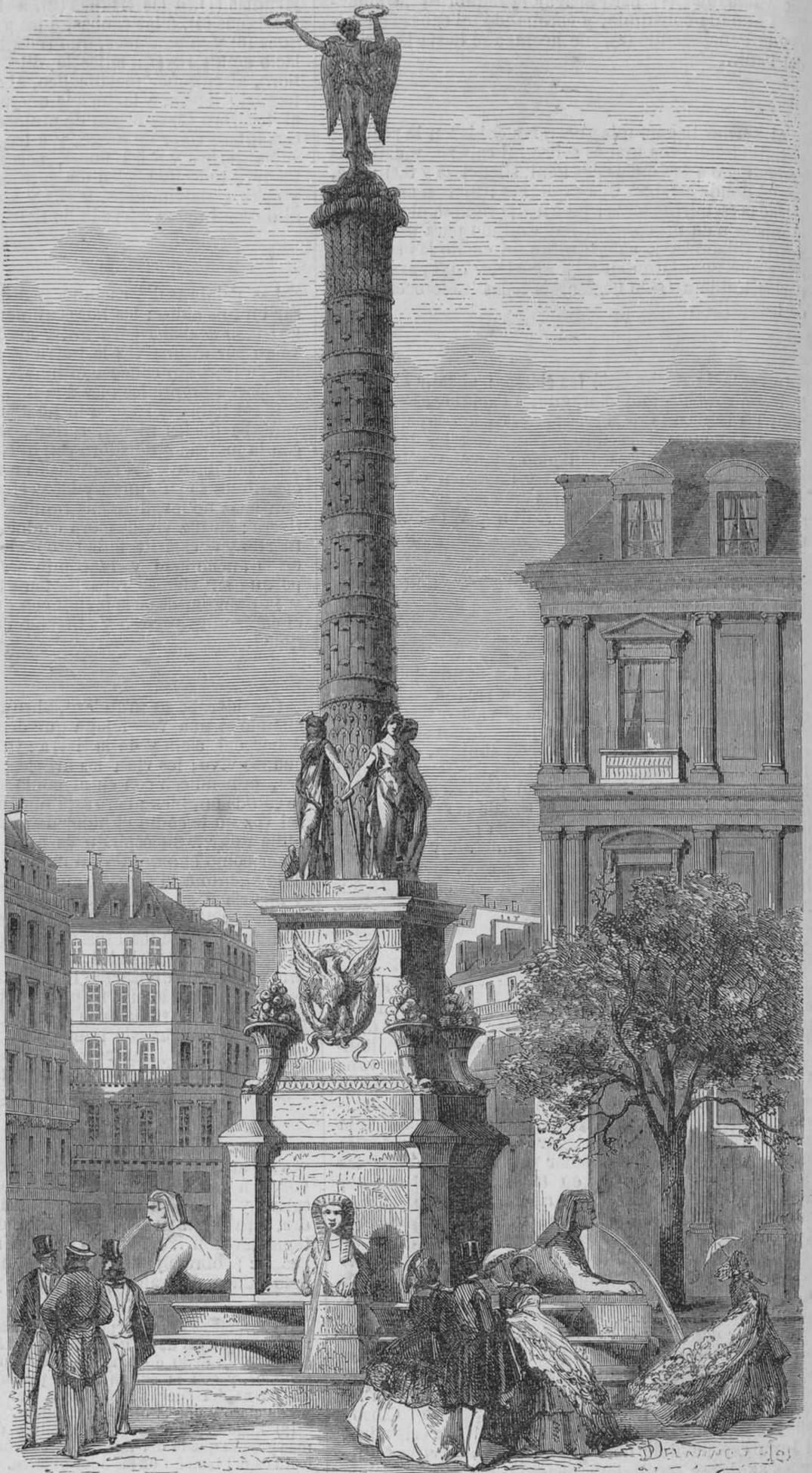
Souillac, pueblecillo del departamento del Dordogne, posee una iglesia cuya construcción data, según parece, del siglo XI. Esta iglesia, muy poco conocida, no carece sin embargo de cierto mérito. Su arquitectura, mezcla de los estilos bizantino y romano, debe á las tres cúpulas que la coronan el aspecto de una mezquita oriental; pero lo más curioso es una columna que sale de la pared unos 20 centímetros, y representa un enlace de animales fantásticos ó monstruosos, y de cabezas humanas que quieren devorarse. Esta columna de piedra bien trabajada se halla á la derecha y en el interior de la portada de la iglesia; la originalidad de esta escultura hace sentir que el pilar de la izquierda, apenas bosquejado, no haya recibido más que un principio de ejecución que no permite apreciar el desarrollo que el artista quería dar sin duda á su extraño capricho.



ESCULTURA DE UN PILAR DE LA IGLESIA DE SOUILLAC (Francia.)

Restauración de la fuente de la plaza del Chatelet en Paris.

La fuente llamada de la Palmera cuya traslación de la plaza del Chatelet ante el nuevo tribunal de los notarios, se ha operado á beneficio de los ingeniosos aparatos cuyo dibujo y descripción publicó el *Correo de Ultramar* en el número 281, acaba de descubrirse de las tablas que



NUEVA FUENTE DE LA PLAZA DEL CHATELET EN PARIS.

cultaban la vista de las obras ejecutadas para darla mayor elevación de la que tenía. Estas obras consisten en un basamento que, flanqueado alternativamente de conchas semi-circulares sobrepuestas y de esfinges que arrojan el agua, está en el centro de un gran pilón rodeado de árboles. Sobre este basamento se eleva hoy la obra del ingeniero Bralle y del escultor Boizot.

Este monumento que data del año 1808, se compone de una columna de estilo egipcio en forma de palmera; su base se apoya en un cuadrilátero en cuyos ángulos hay cuernos de abundancia por los que corre el agua; sobre la corona se ve una Fama alada que tiene en cada mano una corona cívica; abajo hay cuatro estatuas que representan la Justicia, la Fuerza, la Providencia y la Vigilancia.

El pomo de la columna está adornado de follaje y cortado á intervalos iguales por brazales donde están inscritos en letras de bronce los nombres de las principales batallas ganadas por los ejércitos franceses. La forma del capitel es abierta y tiene por adorno plumas y palmas simétricamente dispuestas. En el pedestal hay un águila rodeada de una corona de laureles.

La nueva base añadida á esta fuente, elevando á 22 metros su altura total y doblando la emisión de agua, ha puesto el monumento en relación con el desarrollo dado á la plaza y con los edificios que hoy se encuentran en ella. Enfrente del puente, tal como debe ser reconstruido en el eje del Tribunal de los notarios y de la columna de la Palmera, ha quedado un hueco donde no se plantarán árboles, para que una vez ensanchada la calle de la Barillería, colocándose en un punto cualquiera de la vía que debe reunir las dos secciones del boulevard de Sebastopol á través del Sena y la Cité, pueda abrazar la vista ora la fuente del Chatelet, ora otra fuente igual cuya erección se ha principiado en la orilla izquierda donde desemboca el puente de San Miguel.

G. F.